

Lou Carrigan

VUELO 401


COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

VUELO 401

Colección LA HUELLA n.° 39
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 24859-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: agosto, 1975

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

Capítulo primero

Hacia las doce de la noche, sonó el teléfono de la mesilla de noche. Sólo una vez y media, porque en la oscuridad, la mano del agente especial del FBI Sylvester Nash, localizó el auricular a mitad de la segunda llamada y lo descolgó rápidamente.

—*¿Sí?*

—Syl, soy yo. Está moviéndose.

—¿Krock?

—Sí… Ha salido de su apartamento y se ha reunido en la calle con un tipo que lo estaba esperando. Ahora están en el garaje… Espera. Ya salen… Van los dos en un coche…

Sylvester Nash se sentó rápidamente en la cama y dio la luz de la lamparilla.

—Terry, síguelos… ¿Estás en el coche?

—Claro.

—Maldita sea, ese tipo está preparando algo, por fin. ¡No lo pierdas de vista!

—Seguro que no, Syl. Los voy a seguir, vayan adonde vayan.

—Exactamente. Pero no hagas nada, Terry. ¿Me estás entendiendo bien? ¡Nada!

—¿Vas a venir?

—¿Es un chiste? ¡Claro que voy a ir!

—Syl, llevas dos noches sin dormir… Yo puedo encargarme de esto. El jefe dijo que convenía que durmieses unas horas…

—He dormido tres horas. Eso es suficiente, por el momento. Escucha lo que vamos a hacer: voy a por mi coche. Llámame a él dentro de diez minutos, dime por dónde vais y me reuniré contigo inmediatamente.

—Ese tipo es un puerco… Debió dejarte dormir unas horas

más…

—Seguro. Y enviarme un obsequio para las Navidades. Ve tras ellos y llámame al coche dentro de diez minutos. Y una cosa, Terry: no hagas nada hasta que yo me reúna contigo. ¿Está claro?

—¿Crees que no tengo iniciativa?

—Oh, sí… Demasiada. Por eso te pusieron conmigo: un chico listo y con iniciativa necesita un veterano que le vaya frenando. Recuerda: no hagas nada hasta que yo me reúna contigo. Voy para allá.

—Okay, Syl.

Silvester Nash colgó el auricular y se puso en pie, dirigiéndose rápidamente al cuarto de baño. Metió la cabeza bajo el grifo, se secó y se miró al espejo del lavabo. Lamentable. Después de dos noches sin dormir, aquella llamada cuando estaba soñando con los angelitos, había sido el golpe definitivo.

Pero no podía dejar solo al novato. Quizá John Krock, el espía que tenían localizado, no hiciese nada importante aquella noche. Pero quizá sí. Casi con toda seguridad que sí, ya que de otro modo era poco probable que se hubiese puesto en contacto con otro hombre que, sin duda, debía ser compañero suyo en el espionaje.

Se vistió a toda prisa, encendió un cigarrillo y salió del apartamento, asegurándose la pistola en la funda, tras una rapidísima comprobación de que todo estaba en orden en ella. Bajó los escalones de tres en tres.

¿Iniciativa? Terence Calder tenía. Quizá demasiada, sí… Y, en efecto, era bueno que el chico tuviese junto a él a un viejo zorro que le fuese calmando los ánimos.

Salió a la calle, se metió en el coche que había dejado previsoramente aparcado ante el edificio en el cual tenía su apartamento, y descolgó el auricular del radioteléfono, poniéndose en comunicación con el novato.

—¿Terry?

—Hola, Syl.

—¿Todo bien?

—¿Bien? Yo diría que superior… Nuestros dos amigos han recogido a otro tipo.

—Estupendo… ¿Dónde estás ahora? ¿En qué parte de la ciudad?

—Estamos saliendo de Los Ángeles, Syl. Juraría que nos vamos a

San Bernardino. De momento, dirígete a esa salida de la ciudad, y si la cosa cambia, ya te lo diré.

—Okay, Terry. Tranquilo. Espera a papá, ¿entendido?

Nash oyó la risa del novato.

—Entendido, papá. Hasta ahora.

—Voy para allá.

* * *

Terence Calder colgó el auricular, sonriendo. Era un gran tipo Sylvester, sí, señor. Tenía más capacidad de trabajo que una máquina perfecta. Pero, incluso las máquinas precisan de descansos periódicos, y Sylvester Nash había caído al fin, después de dos noches sin dormir. Lo asombroso era que para que Nash se fuese unas horas a la cama, había tenido que ordenárselo el inspector Donegan, jefe de la Delegación del FBI en Los Ángeles.

Un gran tipo Sylvester.

Pero él iba a demostrarle al amable veterano que los novatos no andan atontados por el mundo. Eso era lo que él, Terence Calder, iba a demostrarle a Sylvester Nash.

Efectivamente, el coche que estaba siguiendo se dirigía hacia San Bernardino. Lo veía delante de él, rodando rápidamente hacía la carretera estatal que unía Los Ángeles con esa localidad.

Y, para mejorar las cosas, la pecera continuó llenándose de peces: otro hombre, justo en la salida de Los Ángeles, subió al coche. Con lo cual eran ya cuatro los tipos que iban dentro. Y, naturalmente, no debían ir a jugar a los bolos, sino a preparar algo. Tres días de vigilancia de paciente espera, atentos como perros de presa, estaban dando fruto al fin.

Descolgó el auricular y efectuó la llamada mientras el otro coche le tomaba un poco de delantera, cosa muy conveniente, ya que convenía que no le viesen demasiado cerca y, además, era seguro que por la carretera no se le iba a escapar.

—¿Syl?

—Hola.

—Y van cuatro.

—¿Han recogido a otro? —Sonó, animada, la voz de Nash.

—En la salida misma de la ciudad. Tal como pronostiqué, se dirigen a San Bernardino… ¿Estás galopando hacia aquí?

—A toda espuela. Dales cuerda en la carretera, Terry. Esa clase de caza se espanta fácilmente.

—Sí, hombre… Les he dado cuerda larga. Bueno, salgo ya… No corras demasiado. La muerte de un agente del FBI en accidente de coche suena a cosa tonta, ¿no crees?

Colgó riendo. Dio un poco más de gas y en medio minuto se colocó a menos de cien yardas de las luces zagueras del coche perseguido. Ya no subió nadie más hasta la llegada a San Bernardino.

Finalmente, en las afueras, el coche se detuvo, ante un bonito chalet rodeado de setos y con altos eucaliptos en el jardín. Terence abrió un departamento del tablier, sacó unos prismáticos y los enfocó hacia la casa, en la cual no se veía ninguna luz. Luego enfocó a los tres hombres, que se veían claramente saliendo del coche, bajo la luz de la más cercana farola.

Los tres entraron en el jardín y se dirigieron directamente a la casa. Terence los vio salir al porche y llamar. No se encendió ninguna luz, pero la puerta se abrió… Una mujer. Intervenía también una mujer en aquello. La cosa se iba poniendo animada. Tras la rutina, la acción, la emoción de la cacería final…

Cuando la puerta se cerró, Terry Calder se sintió bastante decepcionado. Dejó los prismáticos a su lado, en el asiento, y estuvo unos segundos pensativo, vacilante. Sacó la pistola, le echó un vistazo, volvió a vacilar y, por fin, se apeó del coche, dejándolo aparcado sin ninguna luz.

Caminó en dirección contraria a la casa como unas ciento cincuenta yardas. Luego dio media vuelta y regresó, ocultándose expertamente. En menos de tres minutos se encontró ni más ni menos que en el interior del jardín, a un lado de la casa, caminando cuidadosamente, de modo que no pisase las delgadas hojas caídas de los eucaliptos.

La casa estaba silenciosa, pero a él no podían engañarle. Sabía perfectamente que había en ella cuatro hombres y una mujer. Se acercó a una ventana, pisando siempre cuidadosamente, ahora por entre el macizo de flores. Empujó con delicadeza una de las batientes, pero no cedió… Si hubiese estado abierta…

¡Clock!

El oscuro jardín se llenó de luces anaranjadas, rojo violento,

moradas… Pero eso sólo ocurría en la cabeza de Terence Calder. Lo mismo que aquel brusco salto que el mundo acababa de dar, girando todo alocadamente, como en un vaivén de mar agitado…

Quiso sacar la pistola, pero…

¡Clock!

Eso fue todo.

No pudo oír:

—¿Lo tienes?

—Sí. Vamos a llevarlo adentro… Pero a la parte de atrás, al cobertizo.

* * *

Una violentísima bofetada le ayudó a despejarse completamente. Abrió los ojos, recibiendo de lleno la dolorosa luz de una potente linterna. Otra cosa que notó en seguida fue el olor a… a viejo. Sí, olía a viejo…

—¿Qué tal, señor agente del FBI? —Oyó.

Consiguió soportar un poco mejor la luz de la linterna. Pero no vio nada. Por detrás de ella no podía ver nada, debido al deslumbramiento.

—Su nombre, según consta en esta credencial es Terence Calder… Su profesión, agente del FBI. Ahora bien, señor Calder: ¿qué estaba buscando por aquí?

Terry apretó los labios en un gesto resuelto: No diría nada. No iba a decir ni una palabra respecto a lo que él hacía allí. Les iba a costar mucho trabajo saberlo. Tanto, que cuando fuesen a darse cuenta, Sylvester Nash caería sobre ellos… Eso, suponiendo que Syl lo encontrase. Estaba el coche afuera y seguramente lo vería, pero… Pero también estaban ya en una bifurcación de la carretera principal y…

Oyó la voz de la mujer. Debía ser la misma que había abierto la puerta a los tres hombres.

—El muchacho no piensa decir nada, Guchev. Mira a ver si puedes convencerlo.

—Verás cómo sí, Groushenka.

Terence Calder recibió un brutal puntapié en el estómago que casi lo mató. Estuvo a punto de desvanecerse nuevamente, pero aguantó. Se quedó doblado hacia adelante, y se dio cuenta de que

estaba atado con las manos a la espalda cuando intentó llevarlas al lugar golpeado. Sentía una angustia como jamás en su vida y notaba el rostro como congelado y el sudor súbito en la frente. Sus tripas se revolvían, provocándole unas náuseas terribles, un dolor insoportable…

El segundo puntapié lo recibió en la boca. Lo enderezó, lo tiró hacia atrás, con fuerza, y su cabeza golpeó contra una pared. Se ladeó y quedó tendido en el suelo, notando su cabeza llena de zumbidos y su estómago de plomo ardiente que se agitaba sin cesar…

—No le pegues más así, o lo vas a matar demasiado pronto. Veamos si antes de morir quiere decirnos algo.

—No creo que tenga gran cosa que decirnos… La cosa está bastante clara siendo un agente del FBI: me han estado vigilando… A mí, o a cualquiera de vosotros cuatro.

—Pregúntale cuál de nosotros es el localizado, y si hay por aquí cerca algún compañero suyo. Tenemos que asegurarnos de que no estamos metidos en una ratonera.

—Estaría bueno, ahora que tenemos preparado todo para ese vuelo cuatrocientos uno.

—No hables tanto y pregúntale a él.

Terence se sintió cogido por los cabellos y enderezada su cabeza por un brusco tirón.

—Muchacho —oyó—: no estamos jugando. Queremos respuestas claras y rápidas. ¿Hay más agentes del FBI por aquí cerca? ¿A cuál de nosotros han estado vigilando?

Terence Calder no contestó. Estaba firmemente decidido a ello.

—¿No quiere contestar? Está bien… —Oyó el chasquido de una navaja y en seguida la vio ante sus ojos—. Véala. Empezaremos con esto, pero tenemos otros medios aún más… convincentes para soltarle la lengua. ¿Va a contestar?

Terry Calder apretó nuevamente los labios. Inmediatamente los separó, en un conato de alarido, cuando la hoja de acero se clavó en su carne. Fue como si dentro de su cuerpo hubiese un punto helado, que llevase un aterrador frío a todos los miembros. Pero sólo duró lo que un latigazo. Se desvaneció casi por completo. Como de muy Tejos, y comprendiendo vagamente que lo creían del todo desvanecido, oyó:

—Hay que sacarle la verdad como sea. Tenemos ése vuelo a punto, todo está preparado. Y sólo disponemos de cinco o seis horas. Reanimadlo y seguid con él, pero con cuidado. Nos están esperando allá y no podemos fallar ahora.

Lo enderezaron, volvieron a dejarlo apoyado de espaldas en la pared, como un saco. Estaba sólidamente atado de pies y manos y sabía que no conseguiría soltarse.

De nuevo volvieron a abofetearlo. Entrevió el brillo de la navaja y, en seguida, notó en una mejilla el corte, que acabó de despejarlo.

—Quisiéramos que entendiese esto, muchacho: nos va a decir lo que le preguntemos o va a quedar convertido en pedazos… ¿Hay algún agente más del FBI por aquí cerca, o ha venido solo siguiéndonos?

—En el coche sólo iba él… —dijo otra voz—. Pero lleva radioteléfono, y es de esperar que haya dado aviso de que venía detrás nuestro. Opino que lo mejor sería marcharnos de aquí inmediatamente.

—Pero no sin saber hasta qué punto nos tienen vigilados, y a cuál o a cuáles de nosotros. Y yo voy a convencer a este muchacho para que nos lo diga todo.

O eso, o lo hago pedazos, os lo aseguro.

—Date prisa. Puede que vengan más muy pronto.

* * *

Sylvester Nash llegó a pie cerca del coche en el que había viajado el novato. No se acercó, porque vio al hombre junto al coche, bastante bien escondido, pero no tanto como él. La conclusión a que podía llegar era bastante clara y deprimente: habían descubierto a Terry. No estaban metidos con gente tonta, desde luego. Debían haberse dado cuenta de la persecución a que los había sometido el muchacho, y era más que probable que lo hubiesen engañado y que ahora lo tuviesen en su poder.

Durante veinte minutos estuvo esperando, agazapado; no podía hacer otra cosa, ya que no sabía en cuál de los cuatro o cinco chalets que había cerca del coche estaban, probablemente, los hombres compañeros de aquel que vigilaba el coche de Terry.

Por fin el hombre se movió. Se apartó del coche, cruzó la calzada y caminó por la amplia acera. Se detuvo delante de una

casa, miró descuidadamente, al parecer, a su alrededor, y entró en el jardín.

Syl Nash lo vio dirigirse a la puerta de la casa, llamar y entrar cuando le fue abierta. Inmediatamente, corrió hacia uno de los lados del jardín, sacó la cabeza por encima de los setos, echó un rápido vistazo y luego saltó, limpiamente, silencioso.

La casa estaba a oscuras, todo en calma. Se oía el chirrido de algunos grillos. Fue deslizándose hacia la parte de atrás de la casa, sin acercarse mucho. Sabía las malas consecuencias que casi siempre trae el querer enterarse demasiado pronto de las cosas…

El chirrido de los grillos era monótono, pesado, insistente. Y era el único ruido.

Llegó a la parte de atrás de la casa. Vio el cobertizo que servía de garaje y se acercó a él, moviéndose como si llevase zapatos de cristal, que podían romperse al menor contacto en falso.

De pronto se pegó de bruces al suelo. Acababa de abrirse la puerta con reja para mosquitos de la parte de atrás de la casa, y un hombre apareció por ella. Bajó tranquilamente al jardín y se dirigió al cobertizo.

Sylvester le vio empujar la puerta. Y oyó su voz:

—Deja un momento al muchacho, Karpa. Groushenka ha llamado al jefe y ha recibido instrucciones. Ahora volveremos a por él.

Otro hombre salió del cobertizo, se emparejó con el que había ido a buscarle, y los dos entraron en la casa. Sylvester se arrastró inmediatamente hacia el cobertizo, seguro de que Terry estaba allí dentro… Y no debía estar demasiado bien, eso no admitía dudas.

Se colocó en una esquina del cobertizo, mirando hacia la casa, con la pistola en la mano. Aquella gente se estaba moviendo sin utilizar luz de ninguna clase y eso le favorecía a él.

Dio unos pasos rápidos, siempre mirando hacia la casa y entró en el cobertizo, de rondón, dejándose caer inmediatamente de rodillas, a un lado, lista la pistola. Estuvo así como medio minuto, escuchando. Y oyó los debilísimos quejidos, suspiros más bien…

—Terry… —musitó—. ¿Estás ahí, Terry?

Echó un vistazo hacia la puerta enrejada de la casa, por la ranura entre la puerta y el marco. No se veía a nadie. Sacó la pluma estilográfica, hizo una presión en ella y un delgadísimo rayo de luz

brotó hacia el interior del cobertizo-garaje.

No había ningún coche. Cuerdas en las paredes, sacos, cajones, herramientas para el jardín, una segadora de césped, un montón de neumáticos agrietados…

Y Terence Calder.

Es decir… Lo que parecía que sólo podía ser Terence Calder. Sylvester Nash sintió como un frío impacto en el estómago, que pareció subir hasta el corazón y paralizárselo en un par de segundos. Se acercó rápidamente al caído y sólidamente amarrado Terry Calder, y llevó la luz hacia el rostro del muchacho. Estaba lleno de sangre. Se veían los cortes en sus mejillas, tenía la boca reventada a golpes, los pómulos cortados contra el hueso…

—Terry…

El muchacho abrió los ojos, que giraron inexpresivos de un lado a otro, sin ver nada…

—Terry, soy Syl…

—Syl, has… has llegado… Ellos… ellos querían saber si… si tenía un compañero por aquí cerca…

—Calla ahora. Nos iremos.

—No… no les he dicho nada, Syl, te… te lo juro.

—Calla. Están muy cerca. No te muevas, voy a desatarte.

—Syl, no… no me toques… No me toques, Syl, por… por caridad…

—¿Qué te han hecho?

—Tengo… tengo varias cuchilladas en… en el vientre, y… y voy a morir, Syl… Me han… acuchillado como… como a un cerdo…

Sylvester Nash consiguió tragar saliva.

—No tienes nada de cerdo, muchacho… —musitó—. Cierra la boca y papá Syl te sacará de esto…

Intentó levantar en brazos a Terry, pero éste lanzó un profundo gemido, tan pleno de dolor, que Nash comprendió que la cosa era realmente grave. Dirigió la luz de la pluma-linterna hacia el vientre del muchacho y quedó pálido de horror, paralizado.

—Syl, no… no les he dicho nada, te lo juro…

—Lo sé, lo sé, Terry.

No sabía qué hacer. Desde luego, una cosa era segura: Terry Calder estaba vivo de milagro. Lo que le habían hecho era suficiente para matar a dos hombres, repartiendo las cuchilladas. Su vitalidad

sólo le estaba sirviendo para prolongar la agonía. Intentar llevárselo de allí era precipitar las cosas, sin ningún resultado: Terence Calder era ya, en realidad, un cadáver. Un solo movimiento de su cuerpo y moriría al instante. Sería, como quitar el palillo de abajo de una torreta hecha solamente de palillos.

—Syl, lo hice… lo hice muy mal… ¿Verdad?

—No… No, Terry, no… Lo has hecho muy bien, muchacho… Has cumplido con tu deber, no te preocupes. Nadie va a amonestarte por eso.

—Syl, no… no los dejes escapar…

—Caerán todos, te doy mi palabra.

—Ellos… ellos van a… a algún sitio ahora… Son cuatro y… y una mujer, que…, que estaba aquí cuando… cuando llegaron los cuatro a los que… que seguía… Están… preparando algo, Syl… No sé qué es, pero… pero sé que están… pre… preparando… preparando al… algo… Vuelo… Vuelo cuatrocientos uno… Vuelo cuatrocientos uno… Syl, en el… en el vuelo cuatrocientos uno…

—Te oigo… Te oigo, Terry.

—Es muy im… portante… Tienen que… que reunirse con… con alguien… Vuelo… cuatrocientos uno…

Sylvester Nash alzó vivamente la cabeza, al tiempo que pagaba la linterna. Afuera oyó pisadas leves y, casi en seguida, la luz de una linterna, que entraba en el cobertizo buscando a Terence. Saltó hacia un lado con el tiempo justo para evitar el haz de luz. Se estaba acomodando bien oculto tras la pila de neumáticos cuando la mujer entró en el cobertizo, iluminando con la luz de su linterna al joven agente del FBI destrozado a cuchilladas.

CAPÍTULO II

Lo primero que miró Nash, ahora con más luz, fue el rostro de su joven compañero. La visión resultaba más estremecedora que a la poca luz de su pluma-linterna.

Luego miró hacia la mujer. Sólo pudo ver su silueta, pues se mantenía, lógicamente, detrás de la linterna. Estaba casi de frente a Sylvester, pero todo lo que podía distinguir éste a través de la rendija horizontal entre dos de los neumáticos apilados, era la cabellera, más bien larga, oscura…

La luz seguía fija en Terence Calder. Y muy cerca de la linterna apareció la otra mano de la mujer, empuñando una pistola con el silenciador ya colocado.

—*Dosvidaña* —dijo la mujer[1].

Sylvester Nash estuvo a punto de echarlo todo a perder cuando vio la pistola adelantando un poco más en dirección a Terry Calder. En menos de un segundo, todo lo que podía ocurrir de acuerdo a sus reacciones, pasó por su imaginación. Si impedía disparar a aquella mujer, si le metía unas cuantas balas en el vientre, que a fin de cuentas era lo que merecía, afuera quedaban cuatro hombres que le acorralarían en el cobertizo y, sin discusión, acabarían con él; pero eso *era* lo menos malo. Lo grave estaba en que si cometía aquella locura, si se dejaba llevar por sus sentimientos personales de aquel momento, toda una labor dura y paciente, que estaba costando la vida a Terence Calder, no habría servido de nada. Si también lo mataban a él, aquellos cuatro hombres y la mujer iban a desaparecer, iban a quedar incontrolados otra vez…

El sacrificio, el valor de Terry, no habría servido de nada. Si él mataba a aquella mujer en aquel momento, lo vengaría en parte… Pero lo vengaría mucho más si acababa con los cinco, y con quienes

pudiesen relacionarse para aquel plan, cualquiera que fuese, que estaban preparando, según había dicho el propio Terry.

Por eso, conteniendo a duras penas el temblor cíe todo su cuerpo, Sylvester Nash permaneció inmóvil cuando supo que la mujer iba a apretar el gatillo de la pistola. Se sintió terriblemente mal mirando aquella blanca y bonita mano que estaba dispuesta a disparar contra quien, en realidad, ya era un cadáver…

Plop.

Plop.

Sonaron más fuertemente los impactos de las balas contra el cuerpo de Terence Calder que los disparos. Fueron dos chasquidos espantosos que Sylvester creyó recibir él mismo. A sus treinta y dos años, lleno de energías, pletórico de salud, con una mente agilísima, un cuerpo duramente musculado, un montón de misiones peligrosas cumplidas… Sylvester Nash estuvo a punto de echarse a llorar, de gritar, cuando oyó los chasquidos de las dos balas contra el cuerpo de su compañero. Empezó a temblar tanto, que estuvo seguro de que la mujer iba a darse cuenta de su presencia. Casi no podía impedir que sus dientes chocasen unos contra otros, tal era el temblor de su barbilla, la tensión de todos sus músculos, el terrible dominio de nervios que tuvo que soportar…

La entrada de un hombre en el cobertizo le sobresaltó hasta el punto de que casi lanzó un grito. De pronto, se dio cuenta de que estaba apretando con tanta fuerza la culata de su pistola, que le dolía la mano derecha como si la estuviesen machacando. Aflojó la presión y respiró lentamente, con cuidado…

—¿Está listo ya el del FBI, Groushenka? —preguntó el hombre, en ruso.

—Sí.

—Entonces, sería mejor que nos fuésemos ya. Lo dejaremos aquí, ya que no hemos de volver, y nadie podrá localizarte jamás bajo tu nombre americano… ¿Vas a venir con nosotros o irás sola a ver al jefe?

La mujer no contestó. Se acercó al cadáver de Terence Calder y se aseguró de que, efectivamente, no quedaba vida en aquel cuerpo. Sylvester Nash no conseguía verle el rostro, debido a las diferentes rendijas entre los neumáticos que tenía que utilizar si quería permanecer oculto.

Pero cuando ella se volvió, la luz dio de lleno en el rostro del hombre, que soltó un gruñido de disgusto.

—Vas a dejarme ciego… Podemos hacer una cosa: ve tú a ver al jefe, si quieres, y los demás y yo iremos a dar unas vueltas por Los Ángeles antes dé partir… Nos veremos en el avión, si te parece bien.

—Sí.

Ella apagó la luz de la linterna y se dirigió hacia la puerta, seguida del hombre. El rostro de éste jamás lo olvidaría Sylvester Nash. Y con él conocía ya a dos del grupo, ya que había que contar al primer localizado, el que se hacía llamar John Krock.

Pero no conocía el rostro de la mujer. Todo lo que sabía era que tenía que ser joven, y que su cuerpo era elegante y sugestivo, firme, de formas bien definidas… Y al salir, la luz de las estrellas se reflejó un instante en los oscuros cabellos…

Se acercó a la puerta, a tiempo de ver entrar al hombre en la casa, siempre por la puerta provista de rejilla protectora contra los insectos. Luego regresó junto a Terence Calder e iluminó el rostro del muchacho con el fino haz de luz.

Terence Calder había quedado con los ojos abiertos y Sylvester los estuvo mirando unos segundos, acongojado, sintiendo un enorme nudo durísimo en la garganta.

—Perdóname… Perdóname, Terry, pero creo… creo que esto es lo que tenía que hacer, lo que… lo que te habría pedido que hicieses tú si yo hubiese estado en tu lugar…

Le cerró los ojos y ordenó suavemente los cabellos lacios del muchacho, que se pegaban a la frente con sangre y sudor helado, que comenzaba a secarse rápidamente.

Apagó la linterna, se puso en pie y caminó hacia la puerta del cobertizo, cautelosamente. Salió con rapidez, buscando en seguida las sombras del jardín, dirigiéndose hacia el lugar por donde había entrado, y desde el cual estuvo contemplando unos segundos la puerta principal de la casa, esperando la salida de los cuatro hombres y la mujer de cabellos oscuros. El coche que Terry había seguido estaba todavía ante la casa, de modo que aún no habían salido…

Decidió, de pronto, que sería mejor adelantarse a ellos que seguirlos. Saltó el seto y se alejó a toda prisa, volviendo

frecuentemente la cabeza.

Ni siquiera se acercó al coche de Terry. Siguió caminando hasta que comprendió que era la distancia máxima si quería mantener la casa en observación. Vio salir a los cuatro hombres y a la mujer. Ellos se metieron en el coche, pero ella fue hacia otro, más pequeño, descapotable. Primero se fueron ellos y Sylvester se escondió cuando el coche pasó cerca de él, de regreso a Los Ángeles, al parecer.

Dedicó su atención a la mujer, esperando a saber la dirección que ella iba a tomar, antes de correr hacia su coche. La vio maniobrar y comprendió que iba a seguir la misma dirección que los otros, o sea, de regreso hacia Los Ángeles.

Entonces corrió hacia su coche, se metió dentro y empezó a maniobrar también, de modo que cuando ella pasó a buena velocidad, él estaba poco menos que escondido a un lado de otra casita cuyos altos eucaliptos dieron una sombra alargada sobre el coche, ocultándolo.

Nash esperó apenas diez segundos. Luego puso el coche en marcha y en seguida descolgó el auricular y pidió número.

—¿Hola? —preguntó una voz soñolienta.

—Sylvester, señor. Lamento molestarle a estas horas, pero necesito saber todo lo relacionado con el vuelo cuatrocientos uno.

—¿De qué hablas? ¿Qué está ocurriendo?

Syl tardó unos segundos en musitar:

—Han matado a Terry, señor; lo han asesinado.

Al otro lado, el interlocutor del agente especial también tardó unos segundos de más en reaccionar.

—Dios… ¿Cómo ha sido eso, Syl? ¿Dónde estás?

—Estoy siguiendo a la mujer que lo ha matado, señor.

—Bien, pero… Bueno, empieza por el principio. Enviaré unos muchachos a…

—No, señor. Por ahora, no. No conviene que nadie se acerque a esa casa. Es posible que sea una jugada de esos tipos.

—¿Qué tipos, Syl? Estabais siguiendo a John Krock, y ahora me estás hablando de una mujer, de unos tipos…

—Ya le explicaré todo en cuanto nos veamos, señor. No quisiera distraerme ahora.

—De acuerdo. ¿Dónde nos vemos?

—En el aeropuerto. Vea qué vuelo es el cuatrocientos uno y sáqueme un pasaje. Esa gente van a tomar, todos, el vuelo cuatrocientos uno… Antes de morir, Terry me ha dicho que están preparando algo, y según entiendo, ese vuelo está relacionado con el asunto.

—Te sacaremos un pasaje y te esperaremos allí… ¿Cuánto tardarás?

—No lo sé, señor. Todo depende de esa mujer. Voy a intentar verle la cara y, si es posible, le tomaré algunas fotos. Es una mujer joven, de cabellos quizá un tanto largos, negros… Su cuerpo es realmente bonito, señor, de modo que espero que entre eso y sabiendo que va a tomar ese vuelo cuatrocientos uno, puedan reconocerla si aparece por el aeropuerto. Pero no la detengan.

—Hombre claro… ¿Insistes en que no conviene ir a buscar a Terry?

—Ese chico ha dado su vida para que nosotros consigamos algo, señor: no le defraudemos.

—Bien… Tienes razón. Te esperamos en el aeropuerto.

—Pero en el coche, señor; es posible que tenga que volver a llamarle. Vale.

—Vale.

Sylvester colgó y dedicó su atención a la carretera. Por delante llevaba el descapotable a cuyo volante iba la asesina de Terry Calder. Bien: a él no le sería tan fácil atraparlo, ni darse cuenta de la persecución. Iba a seguir a aquella mujer adonde fuese, no se le escaparía de ninguna manera.

Aunque no importaba demasiado, ya que, según parecía, se iban a reunir todos, a la postre, para salir en aquel vuelo 401…

* * *

—¿Qué tiene de malo el vuelo cuatrocientos uno, Price?

Charles Price, primer teniente de Estado Mayor de la Marina de los Estados Unidos, concretamente del USMC[2], parecía muy preocupado. Era un hombre como de veinticinco años, apuesto, de ojos claros y cara un poco aniñada.

—Bien… No tiene nada de malo realmente.

Su interlocutor alzó las cejas en un gesto de perplejidad más bien amable. Era de mediana estatura, un poco calvo, y llevaba una

barba algo canosa. Quizá tendría unos cincuenta años. Sus ojos eran negros, menudos, vivos, astutos.

—¿Entonces…? —musitó.

Price se removió inquieto en el sillón, mirando a todos lados, cada vez más nervioso. Estaba en una magnífica quinta de Long Beach, al sur de Los Ángeles, cerca de la playa. Por el ventanal se veían algunas palmeras a la luz de la luna.

—Bien, yo… temo que las cosas no estén yendo bien para mí.

—Explíquese mejor.

—Creo que desconfían de mí, señor Elrich.

Orson Elrich se mordió los labios un instante y de sus ojos pareció brotar como una pequeña llamarada.

—¿Le han descubierto? —musitó.

—No sé… No estoy seguro, pero opino que es mejor que no tome esas vacaciones.

—¿No las tiene pedidas hace tiempo?

—Pues sí… Bien, ya sé que dije que iría allá con ustedes…

—Un momento, Price, un momento… Usted cobró quinientos mil dólares por los informes que nos facilitó, ¿no es así?

—Sí…

—Bien. La cosa estaba preparada de modo que usted tomase las vacaciones partiendo en el vuelo cuatrocientos uno de ésta; próxima mañana. Quedó bien claro que nos aclararía cualquier punto de esos informes una vez allá, sobre el propio terreno.

—No hay nada que aclarar. Todo está perfectamente claro, de modo que cualquiera de ustedes puede entender esos informes. Le aseguro que son ciertos, y que valen el medio millón.

Orson Elrich estuvo unos segundos mirando pensativamente a Price. Luego fue hacia el ventanal y miró al exterior. Estuvo allá otros pocos segundos, también pensativo, antes de volverse.

—¿Lo ha seguido alguien?

—No lo sé. Pero no lo creo.

—No lo cree, ¿eh? Bueno, yo voy a decirle algo; es más que posible que sea cierto que desconfían de usted, que está vigilado… No hace ni media hora me han llamado por teléfono…

—¿Quiénes?

Elrich sonrió duramente.

—Agentes míos. Y lo que me han dicho es muy desagradable,

y… digamos que está de acuerdo con sus temores.

—No entiendo…

—Mis agentes han apresado a un agente del FBI que los estaba vigilando. Los siguió desde Los Ángeles hasta donde ellos tenían que reunirse para recibir mis últimas instrucciones.

Charles Price quedó demudado, pálido.

—¿Un agente del FBI? Pe… pero yo… yo no tengo nada que ver con el FBI…

—Claro que no. Pero nosotros, sí. Y el FBI es… un chismoso, un metomentodo. Como es natural, mis agentes han tenido que matar a ese agente federal.

La palidez de Price fue total, ahora.

—¿Han matado a un agente del FBI?

—No ha habido más remedio.

—Es una locura… ¡Una completa locura!

Elrich sonrió sardónicamente.

—La locura habría sido dejarlo vivo. Creemos que estaba allí él solo, pero, como todos sabemos, el FBI es un grupo de elementos bien unido. Por tanto, sospecho que quizá, efectivamente, lo tengan vigilado a usted.

—¡A mí no tiene por qué vigilarme el FBI! ¡Eso se sale de sus atribuciones!

—Usted es tonto… —sonrió Elrich—. ¿Desde cuándo un organismo con la potencia del FBI admite las limitaciones… que los demás pretenden ponerle? Lo huelen todo, como es natural, y… si yo no estuviese en el bando opuesto, los admiraría.

—Pues… Bueno, no sé… ¿Qué podemos hacer? Si me han seguido… quizá lo echen todo a perder.

—De ninguna manera, querido Price… Le diré lo que va a pasar: por mucho que le hayan seguido a usted, nadie va a impedirme a mí abandonar Los Ángeles en ese vuelo cuatrocientos uno. Claro está, utilizaré otro nombre, igual que mis agentes… Entienda que los pasajes para ese vuelo están a nombres diferentes a los que hemos estado utilizando en Los Ángeles y en Estados Unidos en general. La cosa se ha puesto un poco difícil y, aparte de nuestros planes… mmm… activos, tenemos que arreglárnoslas para escapar de aquí.

—Me gustaría… escapar también, si es cierto que el FBI anda

metido en esto… Pero no tengo pasaporte falso…

—No va a necesitarlo, Price. El pasaporte que voy a darle yo nadie podrá discutírselo.

—¿Qué clase de pasap…? ¡No! ¡Espere, no…!

Plop.

Plop.

Plop.

Charles Price había intentado incorporarse y, al mismo tiempo, tuvo la vana pretensión de defenderse de las balas poniendo las manos delante de su cuerpo. Pero dos de las balas, tras atravesar fácilmente sus manos, se clavaron en su pecho. La tercera llegó directa al corazón y pareció clavarlo definitivamente en el sillón. Quedó cómodamente sentado, con los ojos muy abiertos, asustados… La camisa empezó a mancharse inmediatamente de sangre, que se formó en una gran mancha que se extendió velozmente.

Orson Elrich estuvo mirándole unos segundos siempre con su expresión pensativa. Se acercó y con el extremo del silenciador, que apoyó en la sien, movió hacia un lado la cabeza de Price, que arrastró todo el cadáver hacia uno de los brazos del sillón, y quedó colgando como un trágico péndulo. Un hilillo de sangre apareció en la boca de Charles Price, y algunas gotitas cayeron silenciosamente sobre el brillante suelo.

Elrich asintió con la cabeza, como contestando a sus propios pensamientos. Sí, bien muerto estaba Charles Price. De todos modos, había estado condenado a muerte desde un principio… Era una lástima que no hubiese podido emprender el vuelo con ellos, aunque, realmente, no cabían dudas respecto a lo que el traidor a su patria les había facilitado por medio millón de dólares: los informes estaban bien claros.

Se guardó la pistola, apagó la luz y se acercó al ventanal de nuevo.

No tuvo que esperar mucho.

Vio el coche detenerse delante de la quinta. Conocía el pequeño descapotable, incluso visto a través de palmeras, a buena distancia, y en la oscuridad. También conocía a la perfección a Groushenka, pero…

Volvió a sacar la pistola.

Pronto vio a la muchacha, caminando hacia la casa. Era ella, sin duda alguna: su esbeltez, su porte, sus cabellos un poco largos, sus bien dibujadas caderas, su busto erguido…

Sin embargo, Orson Elrich no guardó la pistola hasta que pudo ver con toda la claridad que la luna permitía el rostro de la mujer. Entonces guardó el arma, fue a la puerta, abrió, y cuando Groushenka llegaba ante la puerta, la abrió.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella en seguida.

—He tenido que matar a Price. Vino a decirme que no podía partir en el vuelo cuatrocientos uno… y se sobreentendía que en ningún otro, porque estaba vigilado, o al menos esa impresión tenía. ¿Cómo ha ido todo por allá?

—Bien, dentro de lo que cabe. Pero no estoy tranquila, Orson.

—Ya cambiaré el nombre… —sonrió él—. Y espero que tú y los demás hayáis hecho lo mismo.

—Claro. Todos tenemos nombres nuevos para ese vuelo. ¿Estás ya dispuesto?

—Nos vamos ahora mismo. ¿Has dejado huellas en el coche?

—Claro que no. ¿Por quién me tomas?

Orson Elrich adelantó una mano hacia el busto femenino.

—Ya sé que…

Ella le dio un manotazo frío, indiferente.

—No seas ridículo, Alexei Kovarian. Ni me molestes más con tus manos ávidas. Convéncete de que no vas a tenerme nunca y no me molestes ya más.

—Está bien… Bueno, vámonos. Estaremos dando unas vueltas antes de dirigimos al aeropuerto… Son las dos, o sea, que tenemos siete horas. Demasiado tiempo.

—Podemos aprovecharlo para dormir un poco en cualquier lugar, dentro del coche. Los demás harán lo mismo. Ya todos hemos abandonado nuestros alojamientos en Los Ángeles, y sólo esperamos el momento de tomar el avión.

—Todo perfecto. Pistas cortadas. A menos…

—Si te refieres al del FBI, no creo que tuviese ningún compañero por allí cerca, tal como fueron las cosas.

—Entonces, por si han seguido a Price, sólo nos queda salir por detrás y meternos en el coche que tengo preparado a buena distancia de aquí. Y todo listo.

—¿Y Price?

—Ahí se queda. Oh, no te preocupes por él. Está muy cómodo en un sillón. Cuando lo encuentren, que piensen lo que quieran, y que busquen lo que les dé la gana. Con un poco de suerte, para entonces estaremos ya en nuestro destino.

Se dirigieron hacia la parte de atrás de la quinta. Había allí una gran terraza, que daba a la piscina, la cual quedaba oculta a las miradas de la calle por la propia casa.

Orson Elrich fue el primero en salir junto a la piscina. Había unos cuantos parasoles abiertos y su forma, contra la luna, sugería la de un platillo volante…, con un poco de imaginación.

—No pises sobre la grava.

Llegaron pronto al fondo de la quinta. Había media pared de ladrillos rojos y la otra mitad estaba formada por rejas que terminaban en punta, en agudas lanzas.

Pero eso no era nada que pudiese detener a Groushenka y a Alexei Kovarian.

CAPÍTULO III

Sylvester Nash miró con gesto enfurruñado hacia la casa. Tampoco allí había luz, y eso le iba a facilitar las cosas. De todos modos, a él no conseguirían apresarlo tan fácilmente como, sin duda, habían conseguido hacerlo con Terry Calder.

Así que, cuando desde el coche vio a la mujer apearse del descapotable y dirigirse hacía la casa, decidió que lo mejor que podía hacer era intentar fisgonear con ojos y oídos bien alerta.

Se apeó y fue hacia la quinta, por un lado, igual que hiciera antes en la casita de San Bernardino. Las verjas de hierro en forma de lanza estaban a una altura no inferior a los tres metros y medio, pero pasó al otro lado en un abrir y cerrar de ojos, ágil y silencioso.

Se acercó a la casa por detrás y en seguida vio la gran puerta-ventana que daba a la piscina. Estaba abierta y eso le sorprendió no poco. Era evidente que aquella mujer había ido a visitar a alguien relacionado con el espionaje, como ella misma, como John Krock… Y aquella clase de gente no era de la que se deja las puertas abiertas…, a menos que tengan un muy buen motivo para ello.

¿Esperaban un ratoncito que acudiese al olor del queso? Pues en tal caso, se iban a llevar una sorpresa. Estaba bien claro que si esperaban a alguien por allí, estarían al acecho en la parte trasera de la casa, bien escondidos y listas las pistolas…

Muy bien.

Iba a darles gusto.

Si aquella mujer de negros cabellos se había dado cuenta de que la seguía, y ahora lo estaba esperando, él iba a ir…, pero a su manera.

Y su manera consistió en dar la vuelta a la casa, hasta llegar a la parte frontal. Se pegó a la puerta y estuvo escuchando unos

segundos. Muy pocos. Luego sacó una de sus ganzúas, la introdujo en la cerradura y probó.

No.

Probó otra. Tampoco. Ni la tercera.

Pero la cuarta movió el paño de acero. Efectuó una presión suave, lenta, forzando la mano un poco hacia abajo… Sacó la ganzúa y guardó silenciosamente el manojo, en su estuche de cuera. Luego empujó suavemente la puerta, que cedió media pulgada.

Desenfundó la pistola, se colocó junto a la puerta, abrió de pronto, siempre silenciosamente, y entró, cerrando en el acto, para abreviar en lo posible la raya vertical de luz lunar y se colocó a un lado, escuchando como un felino en plena cacería.

Quizá fuese bueno dar una sorpresa a la morena asesina. Quizá ella hubiese ido a ver a alguien importante y las cosas se simplificarían si los atrapaba a los dos mientras ellos le estaban esperando por la parte de atrás.

Y quizá…

Quizá él era un estúpido.

Sin quizá. Era un completo estúpido.

Se quedó mirando al hombre que estaba sentado en el sillón. La luz de la luna lo iluminaba bastante bien de medio pecho para abajo. La parte superior del torso y la cabeza permanecían a oscuras. Pero bastaba observar la postura de aquel hombre para comprender que estaba muerto.

Eso era todo.

Silencio.

La revelación de que la morena y alguien más habían escapado por la parte de atrás, le defraudó y le alegró a la vez. Le defraudó porque sentía verdaderos deseos de meterle un par de balas en la barriga, como ella había hecho con Terry. Y le alegró, porque su imprudencia no había tenido consecuencias, no había espantado la caza. Se habían ido antes… Lo cual quería decir que los volvería a encontrar, convencidos de que todo les iba bien, en aquel vuelo 401, en el avión…

Se acercó lentamente al hombre, sin descuidarse. Un muerto podía ser un buen cebo… Llegó junto al hombre, lo agarró cuidadosamente por los cabellos y le alzó la cabeza. No le conocía. Tenía los ojos muy abiertos, la expresión asustada… De la boca, al

moverlo, cayeron dos o tres gotas de sangre, seguidas, con una suave «pip-pip-pip…».

La morena asesina estaba trabajando mucho, al parecer. Dejó la cabeza del cadáver, cuidando de que el cuerpo no se moviese con ninguna sacudida. No serviría de nada, desde luego, ya que no encontrarían ninguna clase de huellas posteriormente. Además, era fácil comprender que aquel hombre había sido empujado al sillón por las balas que habían acabado con él. Tenía el pecho lleno de sangre…

Bien. Evidentemente, la morena había escapado por detrás. Pero… ¿dónde estaba ahora? Ya debía haber subido a su coche, para alejarse de allí… Y él no había oído el ruido del motor…

Se asomó al ventanal por un lado. Y vio el coche, a través de las palmeras. No había nadie al volante. ¿Qué estaba esperando la asesina para marcharse de allí?

¿Lo esperaba a él?

No. No, no, no. Si así fuese, ya habría habido disparos allí dentro. Definitivamente, lo único que podía pensar era que la asesina había escapado por detrás. Por un simple motivo: quería dejar cortada completamente la pista, teniendo en cuenta a un posible seguidor… De modo que no pensaba utilizar más aquel coche pequeño, descapotable…

Sin abandonar sus precauciones, Sylvester se dio una vuelta por la quinta. Había perdido la pista de la morena asesina, pero no importaba, porque sabía muy bien dónde encontrarla… Acabó de recorrer la casa, regresó al espacioso *living-hall* y encendió la luz, ya sin precauciones.

Entonces vio mejor el cadáver, cosa que, realmente, no valía la pena. Ya estaba bastante deprimido. Simplemente, cuándo las cosas salen mal… pues salen mal.

Se acercó al muerto dispuesto a registrarlo, por si encontraba algo que le ayudase a obtener cualquier teoría. Se guardó la pistola, separó una de las ensangrentadas solapas de la chaqueta y se dispuso a meter la mano en el bolsillo interior, siempre evitando la sangre…

Un ruidito en la puerta le hizo mirar vivamente hacia allí. Contuvo a duras penas un respingo, mientras saltaba velozmente hacia un lado, sacando de nuevo la pistola. Afuera, sobre los

mosaicos del porche, oyó el rapidísimo taconeo que sólo podía corresponder a una mujer, calzada con zapatos de fino tacón alto.

Corrió hacia la luz, la apagó y miró entonces por el ventanal.

Vio a la mujer corriendo hacia la salida de la quinta, ágilmente. La luz de la luna dio en sus oscuros cabellos, silueteó su magnífica figura…

Bien, ahora no podía dejarla marchar. Abrió la puerta y echó a correr hacia la salida de la quinta, pistola en mano. Si era necesario, estaba dispuesto a disparar contra aquella bonita espalda, o contra la nuca cubierta de negros cabellos.

Pero no vio a nadie. Veía el pequeño coche deportivo, pero la morena no estaba al volante. No estaba en ningún sitio… A menos que estuviese en el jardín, agazapada, esperándole…

No.

No, señor.

Si ella hubiese querido matarle, lo habría hecho ya. Estaba seguro de que lo había visto por la rendija de la puerta. Pero no había disparado contra él, sino que había huido… ¿Por qué?

Empezó a darse a todos los demonios. Le fastidiaba no entender las cosas y aquello no lo entendía.

Completamente convencido de que la mujer no pensaba disparar contra él, por lo que fuese, se dirigió sin demasiadas precauciones aparentes hacia el coche descapotable. Echó un vistazo al interior, pero no había nadie allí.

Ni en ningún sitio.

Y, a pesar de eso, estaba convencido de que le estaban observando. Era una situación realmente desairada para un agente especial del FBI que tenía una sólida fama de invicto.

Muy bien; si estaban jugando, él iba a seguir la partida. Se separó del coche y encendió ostensiblemente un cigarrillo, mirando a todos lados. Se arriesgaba a recibir un balazo, pero si no le daban bien a la primera, lo iban a lamentar.

No le dispararon y, paradójicamente, eso le puso de peor humor que antes. Miró hacia la casa, estuvo pensativo unos segundos, y por fin encogió los hombros y echó a andar, alejándose de allí, hacia donde había dejado el coche.

Poco después estaba al habla con su jefe.

—¿Dónde estás ahora, Syl?

—En Long Beach, en una maldita quinta que mal rayo parta. Hay otro muerto aquí, señor.

—¿De los nuestros? —se alarmó Donegan.

—No le conozco. Le daré la dirección exacta, envíe a un par de muchachos a vigilar y cuando ellos lleguen me reuniré con usted… Pero dígales que no entren en la quinta hasta que haya partido ese vuelo cuatrocientos uno. ¿Me tiene el pasaje?

—Sí. Te estamos esperando en Los Ángeles Airport.

—Iré para allá en cuanto lleguen los dos agentes que han de vigilar esto.

—Daré la orden inmediatamente. Y no te duermas por ahí: ese vuelo cuatrocientos uno se efectúa a las nueve de la mañana.

CAPÍTULO IV

A las cuatro, Sylvester Nash se metía en el coche que utilizaba el inspector jefe Donegan para sus desplazamientos del servicio.

—Casi buenos días, señor. Los muchachos llegaron allá y aquí estoy yo. ¿Qué tal, Grooms?

—Hola —dijo el agente que iba al volante.

—Escucha, Syl: ya sé que estás trabajando duro con esto de los agentes de vacaciones. Pero vamos a llamar a algunos y tú te vas a dormir. Cuando hayas descansado…

—¿Va a estropearles las vacaciones a mis compañeros sólo porque yo esté cansado?

—Pues… Bueno, quiero que entiendas esto: no se trata de tu cansancio, sino de que eso repercute en la mejor o menor labor a realizar.

—Hombre, muchas gracias.

—En serio, Syl: puedes ir a descansar y…

—En serio, señor: he visto cómo han matado… rematado, mejor dicho, a Terry. Lo he visto a menos de doce pies. Y he visto lo que han hecho con él. Si usted no me deja seguir este caso, considéreme dimitido del FBI…, y me las arreglaré solo.

Donegan miró hoscamente a su agente.

—Está bien… —mascculló—. De tus palabras sólo voy a tener en cuenta la intención, lo que ellas significan de amor a un compañero, de deseo de vengar su muerte. Cuéntamelo todo ahora… Atiende la llamada, Slim.

Slim Grooms tomó el auricular del radioteléfono, escuchó unos segundos y se volvió hacia su jefe.

—La casa de San Bernardino también está ya vigilada, señor. Dos horas de turno llevan. Sin resultado.

—No aparecerán más por ahí… —musitó Sylvester—. Ni por la de Long Beach. Han dejado cadáveres, coches… Piensan esfumarse en el vuelo cuatrocientos uno… ¿Me da el pasaje, señor?

—Lo tendrás a su debido tiempo. Explícame lo que ha pasado. Punto por punto.

—Sí, señor. Empezaré desde el momento en que Terry me llamó a mi apartamento…

Nash aceptó el cigarrillo que le ofrecía su jefe, y empezó a relatarle con la minuciosidad y exactitud que se exige a cualquier agente del FBI en sus informes verbales o escritos, todo lo que había ocurrido y que él supiese desde el momento en que Terence Calder le había despertado con su llamada telefónica.

Cuando terminó eran cerca de las cuatro y media, empezaba a verse él sol como un débil resplandor pálido por encima de los montes de San Bernardino y habían fumado varios cigarrillos.

—Bien… —suspiró Donegan—. Hay algo que no encaja bien en esto, Syl.

—Claro: la morena asesina pudo matarme, supongo Debió verme a través de la rendija de la puerta.

—¿Por qué no dispararía? —musitó el inspector.

Las palabras de Nash fueron secas, mordaces, duras:

—Se lo preguntaré cuando la tenga delante de mi pistola.

—No hagas de esto una cuestión… una venganza personal, Syl.

—Si pensase eso, señor, nada me habría sido más fácil que alcanzarla con el coche cuando íbamos hacia Long Beach y llenarle la cabeza de balas tirando por la ventanilla. Voy a vengar a Terry, se lo aseguro, pero por el momento, trabajo para el FBI.

—Harás ese vuelo. Allá tú si estás cansado o agotado. Pero quiero resultados. Mmm… Pondremos a otro agente en el avión, Syl. Nunca se sabe…

—Está bien, está bien…, pero sólo cuando yo la necesite. ¿Quién vendrá conmigo?

Donegan sonrió un tanto humorísticamente.

—¿Te va bien Otis?

—¿Otis? Pero… De acuerdo: que sea Otis.

—Pues será Otis. ¿Crees que reconocerás a esa mujer si la ves en el avión?

—Espero que no vayan muchas morenas de figura como la de

esa asesina. Es joven, de porte soberbio, bien formada… No abundan demasiado.

—Ya… Tampoco abundan los hombres como tú, Syl. Y, además, ella ha debido verte bien, en la quinta de Long Beach, con la luz encendida… ¿Has pensado en eso?

—Claro.

—Tu riesgo es mayor que el de ella.

—No creo que se atrevan a meterse conmigo en el avión. Además…, además —sonrió secamente Nash—. Otis estará allí para ayudarme si es necesario, ¿no?

—Estará. Ahora duerme un poco. Tienes cuatro horas antes de tomar ese avión.

—Aún no me ha dicho adónde demonios lleva ese vuelo cuatrocientos uno.

—A Honolulú.

—¿A Honolulú? Bueno, no sé por qué, pero eso me sorprende, señor.

—A mí también. Duerme. Mientras tanto, Grooms irá a tu apartamento a buscarte algo de ropa, la maquinilla de afeitar, etcétera. Dale la llave de tu apartamento.

Sylvester Nash entregó la llave a Grooms, que salió del coche y se fue al que Nash había dejado para entrar en el de su jefe. Sylvester quedó sombríamente pensativo.

—¿Dormir? —musitó—. Creo que va a costarme mucho, señor… Tardaré tiempo en olvidar lo que vi. Aquella mano blanca, con la pistola, disparando contra Terry… Y yo allí, sabiendo…, sabiendo que el chico merecía que éste trabajo se acabase bien, no matando solamente a la mujer.

—Hiciste lo más sensato. Demostraste una frialdad inaudita, Syl, pero eso era lo que tenías que hacer.

—Espero… espero que Terry lo esté pensando así ahora…

—Si lo hubieses movido, habría muerto igual. No te culpes de nada, Syl: Terry desobedeció tus indicaciones… y pagó por ello.

—Sí… Sí, así fue. Pero yo no lo veo tan sencillo, señor. Veré si puedo dormir un par de horas.

—Mejor que sean cuatro —sonrió amistosamente Donegan—. Tranquilo: estaré al cuidado de la radio, por si ocurre algo nuevo.

* * *

—Syl.

Sylvester Nash abrió los ojos y se quedó mirando a Donegan. Luego miró a Grooms, que le sonreía desde el asiento delantero.

—Te traje tus cosas —dijo.

—Son las ocho y cuarto —añadió Donegan—. Aféitate, espabílate y ve a tomar un par de tazas de café al bar del aeropuerto. Cuando regreses te diremos lo que haya. Tenemos vigilado el aeropuerto. Conocemos a John Krock, o cómo demonios se llame realmente, y sabemos que una hermosa mujer de cabellos oscuros, joven, ha de tomar el avión. Tendrás un informe completo.

—Está bien. ¿Y Otis?

—Otis está avisado, naturalmente. Le he enviado un pasaje. El tomará el avión como un pasajero más, y eso es todo.

Nash asintió con la cabeza. Sacó la máquina de afeitar a pilas y se rasuró rápidamente, tan sólo echando algún que otro vistazo a la tapa de la caja, donde estaba encajado el espejo. De vez en cuando miraba hacia el aparcamiento, pero ninguno de los coches cuya llegada presenció llevaba a la morena asesina. Se cambió de camisa y de corbata, se dio unos manotazos en el traje y arregló lo que pensaba llevarse en el viaje a Honolulú.

—Iré a tomar ese café. Diez minutos.

—Bien.

Se apeó del coche y caminó, procurando desentumecer sus músculos, hacia el bar. Entró en la gran sala, echó un vistazo alrededor y se dijo que estaba obsesionado. De todos modos, sería una buena jugada que él tomase aquel avión… y que se encontrase luego en Honolulú sin nadie a quien seguir. Era una posibilidad que había que tener en cuenta.

—Café. Doble. Y algo para comer.

—Sí, señor.

Encendió un cigarrillo, siempre mirando a su alrededor. Pero no vio a nadie interesante mientras estuvo allí. Regresó al coche del inspector de bastante mal humor, pero Donegan se lo quitó radicalmente.

—La morena ha bordado ya el avión, Syl.

—¿Ya? —Miró su reloj—. Demonios, es más tarde de lo que pensaba.

—Otis también ha llegado —sonrió Grooms.

—El buen Otis… —Casi sonrió también Nash—. Es el tipo más útil que podamos encontrar para esta clase de trabajos. Bueno, adiós. Ah, señor: me gustaría saber quién es el tipo que encontré muerto en la quinta de Long Beach, por si puede serme útil.

—Empezaremos a investigar eso y las dos casas en cuanto el avión haya levantado el vuelo. Te iremos diciendo las cosas por la radio del avión.

—Estupendo. Hasta la vuelta.

Estrechó las manos a los dos. Donegan se la retuvo un instante de más.

—Syl: te estarán esperando algunos agentes de la Delegación de Honolulú en el aeropuerto. La clave de presentación, si lo consideran necesario, será, simplemente, «Vuelo cuatrocientos uno». Les enviaremos tu foto por el «Velofoto» para que te reconozcan ellos a ti sin lugar a dudas.

—De acuerdo.

Tomó la pequeña maleta y se dirigió a las salas de espera, Pero ni siquiera se detuvo allí, porque los altavoces estaban anunciando ya la inminente salida del vuelo 401, conminando a los señores pasajeros a abordar el avión.

No se utilizaba la escalera-plataforma para aquel servicio, de modo que Nash tuvo que dirigirse a pie hacia el avión. Por fortuna, estaba en una de las pistas cercanas. El microbús había partido ya hacia allí, por supuesto, tras haber considerado el personal auxiliar del aeropuerto que todos los pasajeros estaban ya en el avión, o en el microbús.

Un día hermoso, de buen sol. Y un viaje a Honolulú. Poco menos que un sueño.

Sólo que Sylvester Nash tenía otra clase de sueño, mucho más agotador, y en lo que menos pensaba era en divertirse, en disfrutar del viaje. Le resultaba imposible olvidar aquella blanca mano empuñando la pistola que disparaba contra Terence Calder. Y casi todavía imposible olvidar el rostro de aquel muchacho que había sabido callar, que no había dicho que otro hombre del FBI formaba pareja con él en la vigilancia de John Krock… No había dicho nada.

Y así, posiblemente, no sólo se podría cumplir la misión que había empezado con la localización y vigilancia de un espía, sino

que Sylvester Nash podía considerar que debía la vida al novato. Si Terry hubiese dicho que otro agente especial estaba al llegar, porque él lo había avisado por teléfono…

Sylvester Nash subió al avión con la expresión más sombría que pudiera buscarse. Entregó su pasaje, ignoró la sonrisa amable del mozo de vuelo y de la azafata y se dirigió a la clase turista.

La vio en seguida.

Era, sin duda, la más hermosa mujer que había visto en su vida, Morena, de cabellos un tanto largos; ojos grandes, rasgados, color café; boca sonrosada; barbilla graciosa, con un hoyuelo en el centro. Su cuerpo no podía ser más elegante, más perfecto, más sugestivo… Y por un instante, ambas miradas se cruzaron. Pero fue como agua cayendo sobre mojado: nada pasó, no hubo reacciones. Ni una sonrisa, ni un gesto.

Nada.

La gruesa portezuela del *jet* se cerró. El comandante del aparato dijo las palabras de ritual: bien venidos y feliz viaje; altura, tantos pies; tiempo de vuelo, tantas horas. Se encendió el luminoso rojo de «No *smoking*». Se recomendó que se abrochasen los cinturones.

Hubo como un rugido, el avión vibró, se puso en movimiento.

Se iniciaba el vuelo 401.

Destino: Honolulú.

Final: imprevisible…

CAPÍTULO V

El letrero luminoso se apagó y la voz suave y amable de la azafata deslizó que ya podían fumar si lo deseaban y desabrocharse los cinturones. El mozo de vuelo pasó ofreciendo diarios y revistas. Sylvester tomó un diario, encendió un cigarrillo y se dedicó a mirar por la ventanilla, hacia Los Ángeles, que iba quedando atrás y abajo, resaltando sus blancos edificios… Casi en seguida divisó la isla de Santa Catalina. Buen lugar para la pesca en lancha, para unas tranquilas vacaciones…

Se dedicó a echar un vistazo al diario durante diez minutos. Luego se puso en pie y fue hacia popa, donde estaba el bar.

Fue un interesante recorrido.

La morena destacaba sobre las demás mujeres por su belleza. Ella estaba distraída, hojeando una revista. También fumaba. Tenía unas rodillas preciosas.

Después vio a John Krock, sentado junto a un tipo algo calvo y con barbita, de mirada astuta. También vio al tipo que la morena había deslumbrado con la linterna en el cobertizo cuando él fue a buscarla allí, poco después de que ella rematase a Terry… La había llamado Groushenka.

Y vio a Otis, que ni siquiera lo miró. Su compañero en el FBI estaba enfrascado en la solución de un crucigrama, indiferente a todo. Parecía un tanto tonto, pero alguien se llevaría una sorpresa si las cosas se ponían mal y Otis tenía que intervenir.

Después vio… Después fue la sorpresa del vuelo.

Mentira.

Mentira aquello de que la morena asesina llamada Groushenka era la más bonita del vuelo 401. Allá estaba la otra, aquella rubia sensacional de sonrisa dulce y mirada cariñosa. No tenía nada que

envidiar a la morena en cuanto a perfección física y gallardía. Ni en rodillitas. Además, tenía los ojos claros, de mirada más… infantil. La boquita era redonda, llena, sonriente.

Bueno, sería algo difícil decidir sobre una u otra al momento de otorgar un premio de belleza. Todo dependía de que al jurado le gustasen más las rubias o las morenas; los ojos claros o los ojos color café; la boca redondita o alargada…

Sylvester creyó notar en aquella mirada un cierto interés, pero no se alegró demasiado. En primer lugar, ya estaba acostumbrado a que las mujeres lo mirasen con interés. En segundo lugar, su humor no era precisamente el más adecuado para intentar un acercamiento a ninguna mujer, por bonita que fuese.

Entró en el bar pensando que allá había los personajes del juego: Groushenka, John Krock, el otro al que había vito la cara, Otis y él mismo, Syl Nash. Eso, de los rostros conocidos. Pero faltaban dos caras más, dos identificaciones más, ya que Groushenka se había reunido con cuatro hombres en la casita de San Bernardino. Estaba claro que uno de sus primeros trabajos consistiría en identificar a los otros dos hombres.

Se sentó en el diván corrido, ante la alargada mesita, y el camarero se acercó un tanto soñoliento.

—Diga, señor.

Café.

—En seguida.

Sylvester estaba solo en el bar del avión. Pero, como suele suceder, sólo es necesario que alguien dé el ejemplo inicial. Casi detrás de él entró un matrimonio de edad mediana, con cara de ir de vacaciones nada menos que a las Hawai. También pidieron café. Luego entró Krock, miró indiferente a Sylvester, se acodó en la pequeña barra en forma de arco y pidió un *whisky*, así por las buenas a las nueve y cuarto de la mañana.

El «G-man» permaneció impasible. Por supuesto, sabía que Krock le tenía vigilado. Era lógico que lo conociese, ya que Groushenka debía haber aprovechado cualquier oportunidad para decirle que aquel pasajero era el hombre que ella había visto examinando el cadáver en la quinta de Long Beach.

Bien. El juego seguía.

El camarero le llevó el café, humeante. Lo probó, se quemó y se dedicó a encender otro cigarrillo. Lo estaba haciendo cuando apareció la rubia sensacional. De pie aún se veía más hermosa, alta, esbelta. Ella miró a todos lados, indecisa… Es lo que suele ocurrir cuando hay demasiados asientos vacíos. Y, de pronto, caminó hacia el diván corrido del rincón, donde estaba el agente del FBI.

—¿Le importa que me siente aquí?

—Él avión no es mío.

Ella le miró un tanto sorprendida y Sylvester, de buena gana, habría retirado sus palabras. Costaba poco ser, cuando menos, cortés. No iba a pedirle el número del teléfono a la rubia, pero tampoco tenía por qué haberle contestado así.

Ella se sentó cerca de él, sin que pareciese demasiado molesta. El matrimonio de edad mediana ocupaba una de las pequeñas mesitas redondas, cerca de una de las ventanillas, y miraban el mar como si jamás se hubiesen dado cuenta de que estaba allí, pegado a Los Ángeles.

Llegó el camarero, la rubia pidió café y un bocadillo, abrió el bolso y sacó un paquete de cigarrillos. Miró abiertamente a Sylvester, vaciló y se colocó un cigarrillo en los llenitos labios. Parecía dispuesta a ponerse en pie entonces, cuando Sylvester chascó su encendedor y le ofreció la llamita.

Ella aceptó.

—Gracias.

—Bueno… Es sólo como una disculpa por mi brusquedad de antes.

—¿Brusquedad?

—¿No le he parecido brusco?

—No, señor. Más bien… maleducado.

Nash parpadeó.

—Es cierto… —musitó—. Es cierto. Le ruego que me perdone.

—Por supuesto. Parece usted de mal humor, de modo que puedo sugerirle que no se esfuerce ahora en ser amable. Ya ha cumplido.

Sylvester se quedó mirando a la muchacha, un tanto sorprendido.

—No intentaba entablar conversación, se lo aseguro.

—Pues lo está haciendo.

—¿Y le molesta?

—A mí, no. Me encanta conversar con personas educadas. Es la primera vez que voy a Honolulú y me pareció que todo el mundo debía estar tan contento como yo.

—Entendido.

El camarero trajo el café para la rubia, ella también se quemó, y se quedó mirando con el ceño fruncido al camarero, que se alejaba hacia la barra. Miró a Sylvester, vio la leve sonrisa en los labios de él y dijo:

—No le veo la gracia.

—Yo también me he quemado. Dicen que mal de muchos es consuelo de todos.

—No, señor. Dicen que mal de muchos es consuelo de tontos.

—Ah… ¿De tontos?

—Así es.

—Bien… Bueno, entiendo que usted me ha llamado tonto, señorita. ¿O no?

Ella lo miró atentamente. La dura barbilla, las dos pequeñas cicatrices junto a la sien derecha, los ojos oscuros, la boca firme… Y de pronto sonrió.

—Observe que todos podemos ser maleducados en algún momento… Tendrá usted que perdonarme a mí ahora.

—Estamos en paz —casi sonrió Sylvester—. ¿Puedo presentarme?

—¿Se le ha pasado el malhumor?

—En parte. No le quiero parecer un bobo diciendo galanterías que se caen de viejas, pero una chica como usted puede quitar por lo menos una parte de malhumor a cualquiera.

—Eso es muy cursi, señor…

—Ah, sí… Sylvester Nash.

—Yo soy Nora May Glavis.

—Encantado.

Luego se quedaron sin saber qué decir. Nora May miró por la ventanilla, que estaba algo lejos, con lo cual quedó bien claro que era sólo un movimiento para romper la pausa.

—Sería desastroso caer ahora, ¿no? —dijo.

Era una tontería como otra cualquiera, y Sylvester la aceptó.

—Siempre es desastroso caer. Mmm… Diría que usted jamás ha

viajado en avión.

Ella pareció un poco cohibida.

—Es cierto.

—¿Tiene miedo?

—Pues… Bueno, sólo me pregunto qué pasaría si este avión tuviese una avería en medio del océano.

—Depende. Si la avería podía ser momentáneamente dominada, seguramente el piloto descendería hasta posarse en el agua. Enviaría una señal de socorro y es de esperar que el avión aguantase a flote hasta que viniesen a rescatarnos. Pero si la avería no podía controlarse…

—¿Qué?

—¿Quiere otro café?

—¿Qué pasaría?

—Pues que en poco tiempo los malos irían al infierno y los buenos al cielo.

—¿Nos mataríamos?

—Bueno…

—¿Todos?

—Demonios, señorita Glavis… Me pareció que estaba usted contenta y feliz. ¿No cree que se está amargando la vida ahora?

—Es verdad… ¿Usted ha estado antes en Honolulú?

—No.

—¿También es la primera vez que vuela?

—No, no… Pero es la primera vez que voy a las Hawai.

—Ah, claro, no es lo mismo… ¿Usted viaja mucho, señor Nash?

—Pues… sí. En general, sí.

—¿Es viajante? ¿Representa algo?

—No acierta ni una… —sonrió Syl—. Soy arquitecto, y voy a Honolulú porque me han propuesto la construcción de un hotel en la bahía Toloka. Gastos pagados durante una semana, preparación del presupuesto, presentación de proyectos… Quizá dos semanas.

—¡Oh, qué estupendo!

—¿El qué?

—Lo de los gastos pagados…

Syl se echó a reír.

—Pues, sí, es estupendo —admitió—. Eso tendría que ocurrirle a todo el mundo siquiera fuese una vez al año, ¿no le parece?

Nora May asintió con la cabeza, como fascinada.

—¿En qué otros sitios ha estado usted?

—Oh, pues… En Miami, en Caracas, en Acapulco, Río de Janeiro… Francamente, temo que no podría recordar ahora todos esos sitios, señorita Glavis.

—¡Ojalá yo pudiese decir lo mismo!

Sylvester se iba encontrando a gusto en compañía de la muchacha. Pero en aquel momento entraron en el bar el tipo de la barbita y la morena asesina, Groushenka. Eso enfrió su incipiente animación, pero no podía demostrarlo, ponerse sombrío en aquel momento. Por el contrario: admitiendo la posibilidad de que la morena no le hubiese podido ver bien en la quinta de Long Beach y, por tanto, no estando identificado, su actitud, su comportamiento, debía ser el que podía esperarse en un tipo atractivo que sabe que lo es. No perdía nada probando.

El de la barbita se sentó en una de las mesitas redondas, mirando amablemente a su alrededor, como si se sintiese benevolente con la juventud. Parecía un profesor de algo. Groushenka ocupó el diván, relativamente cerca de ellos, más hacia el ventanilla, con lo cual privaba a Nora May del tema del mar y de una posible caída a él.

John Krock estaba trasegando su *whisky* con aire aburrido. Aburrido del *whisky*, del viaje recién empezado y aburrido de todo; más bien indiferente. Era un tipo fuerte, de hombros muy anchos…, pero Syl pensó un instante en la posibilidad de encerrarse a solas con él, mano a mano, y se relamió de gusto. Si tenía la oportunidad de conseguir eso, John Krock, o cómo demonios se llámese, iba a quedar bastante maltrecho.

—No hay que desesperar… —sonrió, a la última exclamación de Nora May—. Cualquier día, a cualquier persona se le presenta la oportunidad de viajar. ¿Cuál es su trabajo, señorita Glavis?

—Script-girl.

Sylvester se la quedó mirando sinceramente asombrado.

—¿Qué me dice? ¿Y siendo *script-girl* no viaja usted? Oh, vamos, yo tenía entendido que… Pero quizá me estoy equivocando de nombre… Entiendo que *script-girl* es esa señorita que sirve de ayudante a un director de cine, toma sus notas, sus observaciones, apunte de detalles…

—Así es.

—Pues… Bueno, tenía entendido que los del cine viajan mucho. ¿No viaja su jefe? Para tomar exteriores… ¿No?

Nora May suspiró graciosamente.

—Ojalá… Ocurre que trabajo en estudios de televisión, en producción de serie de telefilmes… ¿Exteriores? Bueno, todo lo más lejos que he llegado ha sido a México, cerca de la frontera. En los estudios tenemos de todo: montañas, nieve, lluvia, relámpagos, camiones, circos, hoteles, piscinas…

—Entiendo. De todos modos, según parece, usted ha podido por fin hacer un viajecito.

—Pero no con gastos pagados… —volvió a suspirar Nora May—. ¿Sabe lo que me gustaría?

—¿Qué?

—Tener un helicóptero. ¿Cree que con un helicóptero se puede cruzar el Pacífico, señor Nash?

—Pues…

Sylvester Nash no dijo más, por el momento. Acababan de entrar dos tipos en el bar, justo en el momento en que a Groushenka le llevaban jugo de naranja y al de la barbita jugo de tomate… Dos tipos normales, para cualquiera. Incluso para Sylvester Nash.

Sólo que uno de ellos se acodó junto a John Krock, precisamente en aquel momento en que el camarero no estaba en la barra. Nash no pudo oír nada, ni siquiera vio un gesto por el que el hombre dijese algo… Pero sí le pareció que Krock asentía levemente con la cabeza. El otro se fue a otra mesita redonda, se sentó y encendió un cigarrillo.

Sylvester movió ligeramente el brazo izquierdo, asegurándose de que su pistola estaba allí. No le hacía gracia el pensamiento de que le metiesen un par de balas en el pecho y luego lo tirasen al mar. Aquella gente era capaz de aquello y de más…

¿O se estaba equivocando, y aquel hombre no había hablado con Krock, o si así era, la cosa no pasaba de alguna pregunta sin importancia de pasajero a pasajero?

—¿… Escuchando, señor Nash?

Syl miró a Nora May, reprimiendo su sobresalto por haberse dejado dominar por sus pensamientos.

—Perdone… ¿Qué decía?

—Le preguntaba si me estaba escuchando.

—Oh… Pues… Bueno, lo siento —sonrió—: me temo que en este momento, no, señorita Glavis.

—¿Vuelve a estar de mal humor?

—No, no… Eso ya pasó. ¿Qué me decía usted?

—Le preguntaba si se puede cruzar el Pacífico en un helicóptero.

—Ah, sí… Pues no sé… Depende del helicóptero, supongo. Lo que sí puedo asegurarle es que yo no lo he intentado nunca. Y… mmm… francamente, prefiero el *jet*.

Otis entró en aquel momento, con el periódico en la mano izquierda y el bolígrafo en la derecha. Buscó distraídamente una mesa, fue allá y se sentó. El camarero, de regreso a la barra, procedente de la mesa ocupada por el profesor de algo, tras haber servido primero a la morena asesina, se acercó a él.

A Sylvester le entraron ganas de reír cuando, mientras Otis hacía su pedido, Nora May comentó, confidencialmente:

—¡Qué señor tan feo y pequeño!, ¿verdad?

—¿Se refiere al que ha entrado ahora mismo?

—Sí, sí.

Syl volvió a mirar a Otis: cinco pies y medio, canijo, con lentes, cara chupada, dos verrugas en la nariz, mal afeitado… Verdaderamente, rió era el tipo de hombre que podía gustar a las mujeres, el pobre Otis. Pero…

—Pues, sí… Creo que es bastante feo.

Nora May lo miró con intención.

—En cambio —susurró también—, la chica que hay a mi lado, cerca de la ventanilla, ya es otra cosa, ¿no…?

Nash apenas pudo contener la risa.

—En efecto: ella es otra cosa.

Nora May sonrió maliciosamente.

—No olvide que yo le vi primero.

—¿A quién? —se desconcertó Syl.

—¿A quién va a ser? ¡A usted!

Nash no pudo contener ahora la carcajada. Recibió una amable mirada del matrimonio, una sonrisa benevolente del tipo de la barbita, una mirada indiferente del tipo que ocupaba la mesa y una fría mirada de la morena asesina. Otis, Krock y el que estaba junto a éste, ni siquiera se movieron.

—De acuerdo, usted me ha visto primero, señorita Glavis.

—Eso es. Y… llámeme Nora May, si no le importa.

—Al contrario… ¿Quiere un buen consejo, Nora May?

—Oh, sí…

—Cómase el *sandwich.*

Ella se echó a reír y dio un mordisquito gracioso al bocadillo triangular. John Krock acabó su *whisky* y salió del bar. Otis le echó una miradita indiferente y continuó con su crucigrama, que debía ser gigante o muy difícil.

—¿Viaja sola, supongo, Nora May?

—Claro. Es decir, «viajaba sola».

—¿Y ahora?

—Si se le ha pasado el malhumor…

—Entiendo. Bueno, el asiento contiguo al mío está vacío. Si le parece, podemos pasar juntos el resto del viaje… ¿Cuántos días va a estar en Honolulú?

—Depende.

—¿De qué?

Nora May acabó rápidamente el ligero *sandwich* y sonrió como un poco cohibida.

—De lo que me dure el dinero.

—Ah… Bien… Bueno, espero que si la invito a algo, le dure un poco más. ¿Ha terminado?

—Sí, sí…

—Entonces. —Syl se puso en pie—, será mejor que nos vayamos…

—Quédense donde están —dijo el tipo que ocupaba una mesa—. Ya les diremos cuándo pueden abandonar el bar.

Syl miró hacia el hombre, con el ceño fruncido. Nora May dio un gritito al ver la pistola en su mano y se agarró con fuerza al brazo de Nash.

En aquel momento, y sólo por un segundo, el *jet* dio un suave bandazo.

CAPÍTULO VI

Y el tipo que, ahora era seguro, le había dicho algo a Krock, se volvió también, pistola en mano.

—Es un buen consejo —aseguró—. Estense todos quietos aquí y no pasará nada. Vigílalos bien, Allen.

Y salió del bar.

Otis había dejado de hacer el crucigrama y miraba serenamente al tipo de la pistola. El matrimonio de edad mediana estaba mudo de asombro, más que de miedo. El tipo de la barbilla miró al llamado Allen y continuó bebiendo su jugo. Groushenka miraba fijamente al hombre de la pistola, con la expresión de quien no está demasiado sorprendida, pero busca una actitud adecuada a cualquier mujer a la que de pronto le ponen una pistola por delante. ¿Cuál era su juego? ¿Simular que no tenía nada que ver con aquellos hombres, ser una pasajera más que se encontraba en aquella inesperada situación…?

—Oh, Sylvester…

—Es mejor que volvamos a sentarnos, Nora May. El bar es un sitio lo bastante bueno para acabar el viaje.

Miró a Allen al decir esto, y captó perfectamente la fugacísima sonrisa sardónica que pasó por sus ojos. ¿Final del viaje? Quizá se había precipitado… ¿Habría final de viaje?

—¿Puedo preguntar algo? —dijo Otis de pronto.

Alíen lo miró duramente.

—Nadie va a darle explicaciones. Cierre la boca.

—Es sobre el crucigrama, no sobre lo que ustedes estén pretendiendo… ¿Qué puede ser una palabra de ocho letras que se adapte a esto —miró el diario y leyó—: planta cucurbitácea, con tallos rastreros y flores amarillas?

—Cállese.
—Calabaza —dijo el de la barbita.
—Oh, calabaza… ¡Justo! Muy amable, señor… Gracias. Y ahora…
—Ahora, si no se calla, le meto una bala en las verrugas —masculló Allen.
Otis se sentó, un poco enfurruñado, pero continuó con el crucigrama. El de la barbita miró a Allen.
—¿Hay inconveniente en que me siente con ese señor? Me gustaría ayudarle a resolver el crucigrama.
—Al que vuelva a abrir la boca le disparo. ¿Está claro?
Nora May estaba sentada pegada a Sylvester, que se dedicaba a pensar furiosamente, rápidamente, sobre el modo de afrontar aquella situación. Si intentaba sacar su pistola, era probable que el tal Allen se le adelantase. Por otra parte, aunque le ganase la acción, quedaban tres hombres más a bordo que también estaban armados. Y Groushenka…
La miró de reojo. Era más que posible que ella llevase un arma oculta… En el seno, por ejemplo. Q pegada con esparadrapo a un muslo. Podía ser.
Claro que estaba Otis, y eso sería, efectivamente, una ayuda que iba a sorprender no poco a aquellos cuatro tipos y a la morena asesina. Pero si empezaban todos a disparar, era seguro que varias personas que no tenían nada que ver con aquello serían alcanzadas por las balas.
El bar empezó a llenarse de gente, de pronto. El *jet* no iba demasiado lleno, y el total de pasajeros, contando a Groushenka y sus cuatro compañeros de espionaje, debían ser unos veinticinco. Poco pasaje para un viaje de tal importancia.
Los pasajeros entraban asustados, con las manos sobre las cabezas. También entraron en el bar el mozo de vuelo, las azafatas de primera clase y la de turistas, y el mozo de vuelo de primera clase… Detrás de ellos apareció Krock, acompañado del tipo que antes había hablado con él.
Fue Krock quien habló:
—Pónganse todos en el fondo del bar con las manos en alto y pegadas a la pared… Dispararemos contra el que no tenga sus dos manos en la pared… ¿Lo han entendido? Y permanezcan callados.

Todos los pasajeros, incluidos Sylvester y Groushenka, obedecieron. Estaban muy pegados unos a otros, y tuvieron que meterse tras el mostrador, para caber allí, ocupando incluso dos de las tres ventanillas del costado de babor del aparato.

—Queden completamente quietos. Van a ser registrados, pero nada van a perder, ni nada les ocurrirá si no se mueven ni una pulgada hasta que les autoricemos… Empieza, Spencer.

Spencer era el tipo que antes había hablado con Krock, en el mostrador. Se dedicó a cachear a los pasajeros, expertamente, con rapidez. A medida que los iba registrando, los empujaba hacia un lado, separándolos de los que aún no habían pasado por el cacheo.

Quedaban solamente Groushenka, Nora May y cuatro pasajeros más, pegados a las ventanillas, cuando le tocó el tumo a Sylvester Nash. No se movió. No había sido momento oportuno de hacerlo antes, pero todavía lo era menos ahora. Notó las dos manos de Spencer recorriéndole el cuerpo, y supo que la izquierda se detendría justamente bajo su sobaco izquierdo en cuanto tocase la pistola.

Exacto.

—Vaya… Aquí tenemos a un pasajero de los valientes, Krock. Tiene un arma.

Spencer se la quitó, y Syl oyó tras él la voz de Krock:

—Dámela. Mira a ver si tiene más. Y su cartera no la juntes con las otras… Quiero echarle un vistazo.

Le quitaron también la cartera. Sylvester no llevaba nada que lo delatase como agente del FBI, pero daba lo mismo. ¿Acaso Groushenka pensaba llevar su papel de pasajera inocente hasta el extremo de no decirles ahora, si antes no lo había hecho, que él estuvo en la quinta de Long Beach? Bueno, aquello era absurdo. ¿Por qué motivo no iba a decirles a sus compañeros que él estaba metido en aquello? ¿Quizá por el mismo motivo por el cual no había disparado contra él pudiendo haberlo hecho?

Spencer se dedicó a cachear a Nora May, mientras Krock leía:

—Sylvester Nash, natural de Los Ángeles, treinta y dos años, residente en Los Ángeles, arquitecto… ¿Por qué lleva usted pistola, señor Nash?

—Tengo licencia.

—Oh, sí… Debe tener licencia de la policía, pero no nuestra…

¿Por qué motivo necesita usted un arma?

—Por ninguno especial. Se me ocurrió comprarla. Eso es todo. Viajo mucho…

—Los demás también viajan, y no llevan armas. Sea concreto, por favor.

Otis. A Otis no le habían encontrado ninguna pistola… ¿Cómo era eso posible? ¿Qué estaba tramando el pequeño y feo Otis, el tirador más mortal de la Delegación del FBI en Los Ángeles? Otis era capaz de acertar una moneda de cinco centavos, disparando desde sesenta píes, y casi sin apuntar. Decían que tiraba por instinto, como los pistoleros de la dura época de ochenta o cien años atrás… ¿Qué hacía allí si no tenía encima la mejor pistola de Los Ángeles, y una de las más infalibles del FBI?

—Le he hecho una pregunta, señor Nash.

—Ya la he contestado. No llevo pistola por nada especial. Me gustó, la compré, obtuve licencia para portarla, y eso es todo.

Spencer registró al último de los pasajeros.

—Ninguna más, Krock.

—De acuerdo, Empieza a examinar las documentaciones. Y usted, vuélvase, señor Nash, Usted solo. Los demás permanezcan como están, sin bajar todavía las manos.

Sylvester se volvió. Allen y Krock le estaban apuntando, mientras Spencer depositaba sobre una mesita las carteras de todos los pasajeros, se sentaba y empezaba a examinarlas.

—Voy a darle todavía otra oportunidad pacífica, señor Nash: ¿qué utilidad le representa la pistola?

—Ninguna. Si acaso, impresionar a… alguna muchacha. Pero ya les digo que tengo licencia.

—Y yo le digo que no insista en creer o en simular creer que somos de la policía. ¿Conoce a alguna persona de las presentes?

—A la señorita Glavis.

—¿Es la rubia?

—Sí.

—¿Cuánto hace que la conoce?

—¿Cuánto? Pues nada. La he conocido en el avión.

—¿Nunca antes la había visto?

—Nunca.

—¿Ni a nadie más de las personas que viajamos en este avión?

—A nadie más.

—¿Es usted agente del FBI, o de la CIA, o del G-Dos?

Sylvester Nash aparentó a la perfección todo el asombro que le habían enseñado a fingir durante su dura preparación para agente del FBI.

—¿Agente de la CIA? ¿Es una broma? Oiga, yo soy arquitecto y en mi tarjeta…

—Ya la he leído, pero para mí un papel no significa nada. Va a venir con nosotros, señor Nash.

—¿Adónde? ¿Qué es lo que están haciendo ustedes?

—Camine hacia la salida del bar.

—Está bien… ¿Puedo bajar los brazos?

—Cómo no… Pero tenga cuidado. Vamos, salga ya.

Sylvester salió del bar. Se encontró en el pasillo del avión; todos los asientos estaban vacíos. Krock le empujó levemente y sólo un instante con la pistola, a la altura de los riñones, y comprendió que debía, continuar. Llegaron al departamento de primera clase, pero otro empujoncito le llevó hacia la puerta que comunicaba con la cabina de mandos.

—Abra la puerta, señor Nash, y entre.

Sylvester obedeció. Como siempre que estaba en auténtico peligro, y sin que ello significase inconsciencia, estaba completamente tranquilo, como convencido de que nada podía ocurrirle que fuese irreparable, definitivo.

Se encontró en la proa del avión. Allá, a mano izquierda, estaban los servicios de la tripulación. A la derecha (pudo verlo por la puerta abierta) había una pequeña salita con dos literas plegables. Delante, tras un cortísimo pasillo de apenas tres pies, estaba la auténtica cabina de mandos.

—Siga.

Siguió. Se encontró detrás del comandante, del copiloto y del mecánico. Detrás de ellos también, a un lado, estaba el tipo al cual había conocido la noche anterior en el cobertizo, cuando Groushenka le había iluminado el rostro con la linterna. Empuñaba una pistola.

—¿Todo bien, Arnold?

—Todo bien. Son gente con buena inteligencia.

Syl supo que Krock se dirigía ahora a los tripulantes propiamente dichos del avión:

—Sigan así. Atiendan la radio normalmente, informen como si nada estuviese ocurriendo y permanezcan atentos al vuelo. De este modo, todo acabará bien. Venga con nosotros, señor Nash…

Se volvió. Krock no estaba solo, sino que le acompañaba el llamado Allen. Spencer debía haber quedado al cuidado de los pasajeros. Cosa fácil, ya que, aparte de estar todos desarmados, estaban asustados…

Le dejaron entrar en primer lugar en la salita que tenía las literas plegables. Había dos pequeños sillones, una mesita, un armario.

—Acerque uno de esos sillones a la mesita y siéntese. Ponga las manos sobre la mesa.

Obedeció punto por punto, tranquilamente. Los dos quedaron al otro lado de la mesita, delante de él, mirándolo con gran atención. Syl se sintió un tanto incómodo. Sabía que era un buen agente, había aprendido a fingir, a pelear, a mentir… Pero aquellos hombres, que formaban un grupo con el espía soviético Krock, no habían recibido precisamente un entrenamiento peor, sino, posiblemente, más duro.

—Señor Nash, usted tiene todo el aspecto de un hombre… duro. Tiene buenos músculos, serenidad, mira con tranquilidad, no tiembla, no pregunta… Nosotros sí preguntamos: ¿es del FBI?

—No.

—Nosotros creemos que sí. Y al mismo tiempo, admitimos que, si eso es cierto, usted es un hombre inteligente. Vea: conocimos anoche a un agente del FBI, llamado Terence Calder… Calculamos que era un novato… Como quiera que sabemos más o menos cómo trabaja el FBI, hemos pensado que ese novato precipitado y poco cauto estaba bajo las alas de un pájaro viejo. ¿A cuál de nosotros estaban vigilando ustedes dos?

—No sé de qué me habla.

—¿Va usted a Honolulú?

—Si este avión va allí, sí.

—Inteligente respuesta. Y muy acertada…, porque, efectivamente, este avión no va a Honolulú. Esto… Digamos que usted pensaba dirigirse a Honolulú… ¿Para qué, señor Nash?

—He tenido una oferta para hacer los planos de un hotel.

—Ya… Pero nosotros, que somos muy desconfiados, seguimos preguntándonos para qué podía querer usted una pistola.

—Ya he contestado a eso.

—Y con mucha serenidad. Bien, su pistola es una automática del cuarenta y cinco… ¿Lo sabía?

—Claro.

—¿Puedo decirle que el agente del FBI llamado Terence Calder llevaba una exactamente igual?

—¿Qué tiene eso de interesante?

—No sé… Pero admita que es una curiosa coincidencia.

—Sólo coincidencia. No veo lo de «curiosa» por ninguna parte.

John Krock asintió gravemente con la cabeza y permaneció pensativo unos segundos, al cabo de los cuales musitó:

—Por el momento, señor Nash, vamos a creerle a usted… Digamos que la suya va a ser una situación… provisional. Sin embargo, como conocemos algunos recursos de las agentes del FBI, no podemos confiarnos… Usted lo entiende.

—No. No lo entiendo.

—Quiero decir que no podemos confiarnos. Si por ejemplo, nosotros tuviésemos la absoluta certeza de que usted es un agente de ese organismo, lo trataríamos… con escasa amabilidad. No podemos saberlo con seguridad, pero tenemos que comportarnos como si lo supiésemos… ¿Lo entiende ahora?

—Más o menos.

—Quiero decir que nos vemos obligados a tratarlo de modo especial, sin concesiones de ninguna clase, que, claro está, solamente podrían perjudicarnos.

—Está bien.

—¿Se muestra de acuerdo, señor Nash?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—No… —sonrió Krock—. No puede hacer otra cosa. De modo que resígnese a este trato especial…

Krock había cambiado la posición de la pistola en su mano. De pronto, la bajó velozmente en seco y cruel golpe, sobre la derecha de Sylvester. La culata dio de lleno sobre los dedos corazón e índice, aplastándolos contra la mesa. Los dedos crujieron sonoramente. Sylvester intentó ponerse en pie, por movimiento reflejo,

mordiéndose los labios para no gritar bajo el tremendo dolor, completamente pálido… Pero Allen le golpeó con la pistola en la barbilla, sentándolo de nuevo, casi derribándolo, en realidad.

Sylvester recuperó en seguida el equilibrio y recogió cuidadosamente su mano derecha con la izquierda, sin un quejido, sin una sola alteración de sus músculos faciales. La sangre brotaba por entre los dos dedos rotos, rezumando de la carne partida.

Alzó la mirada y la fijó en Krock, como si nada hubiese ocurrido.

—¿Esto es todo?

—No, señor Nash, no es todo. Me temo que tendré que hacer lo mismo con su mano izquierda. Atienda: una persona es diestra o es zurda, de modo inevitable. Sin embargo, según malas lenguas, los agentes del FBI han aprendido a tirar con las dos manos, en cualquier momento, a la menor coyuntura, en cualquier posición… El otro día leí una revista en la que se decía, entre otras cosas, que los agentes del FBI tienen como norma ordenada, como regla fija, no disparar jamás un tiro de advertencia. Cuando tiran, lo hacen a matar. Preferentemente al abdomen, ya que es un lugar no sólo mortal de necesidad, sino tan doloroso, que cuando el hombre enemigo recibe el balazo, queda ya completamente anulado. Se encoge, cae, la angustia lo paraliza… Me estoy preguntando qué pasaría si usted tuviese cualquier oportunidad de empuñar una pistola con la mano izquierda.

—Señor Krock, es usted un salvaje estúpido. No sólo soy incapaz de disparar con mi mano izquierda, sino que además lo hago rematadamente mal con la derecha.

—Es posible. Por favor: ponga su mano izquierda sobre la mesa.

—No.

—Es un buen consejo, créame.

—No necesito sus consejos.

—En ese caso, tampoco necesita su vida, señor Nash…

Sylvester vaciló visiblemente. Pero quizá demasiado tiempo, o posiblemente la paciencia de Allen no era tanta como la de Krock. Lo cierto fue que Allen se cansó, se sintió fastidiado ante aquel tipo que parecía tener la sangre helada y volvió a golpearle con la pistola en la cara.

Es decir…, intentó golpearle. Nash desvió el golpe con su mano izquierda, se puso en pie, tirando la mesita contra las rodillas de

Krock y golpeó con el codo derecho a Allen, en medio de la boca, partiéndole los labios y tirándolo violentamente hacia la puerta del saloncito.

Pero Krock estaba demasiado atento a la situación.

Soportó perfectamente el golpe de la mesita en sus rodillas y, además, pudo golpear a Syl con la pistola en el cuello. El «G-man» se encogió, quedó paralizado por el dolor, y Krock aprovechó para volver a golpearle, ahora en la punta de la barbilla, derribándolo por encima de la silla. Allen, llameando de furia sus ojos, ya en pie y perfectamente equilibrado, saltó hacia él y apuntó su pistola a la cabeza del «G-man».

—Quieto, Allen. Eso no… todavía. Siéntalo a la mesa.

Sylvester Nash estaba poco menos que inconsciente cuando Allen lo cogió por las solapas con una sola mano y lo puso en pie, para sentarlo bruscamente tras dar un puntapié a la silla, colocándola en el lugar conveniente.

—La mano —dijo Krock.

Sylvester intentó resistirse, pero Allen le clavó la pistola en la garganta, mientras con su izquierda sujetaba contra la mesa la mano del «G-man».

El golpe de Krock rompió esta vez el dedo pulgar y el índice, y ahora Nash no pudo evitar un gemido ronco de dolor. Su estómago parecía vuelto del revés y su cabeza daba vueltas y vueltas…

—Bien, señor Nash… tenga en cuenta que hemos sido considerados. Y… Bueno, por supuesto, esta consideración va en nuestro propio beneficio. Si usted es del FBI, lo sabremos antes de finalizar el vuelo, y en ese caso, es más que posible que tenga muchas cosas interesantes que decirnos. Por eso no le matamos ahora. Y si usted no es del FBI, pues… le pediremos perdón… Ahora, tenga la bondad de regresar al bar… ¿Necesita ayuda, tal vez?

Sylvester sacudió la cabeza. Intentó apoyar las manos en la mesa para ponerse en pie, pero en seguida reaccionó de su error. Las quitó de encima de la plancha plastificada y se puso en pie. Por un momento pareció que el mundo diese aún más vueltas vertiginosas,

pero en seguida quedó quieto todo, fijo, inmóvil. El zumbido de los reactores llegó hasta sus oídos como la música de fondo de una pesadilla.

Con las manos colgando, chorreando sangre, se dirigió hacia la puerta. Allen se le anticipó y lo esperó en el pasillo pistola en ristre. Krock salió detrás y le dio uno de sus empujoncitos en los riñones con la pistola.

—Hacia el bar —recordó.

—¿Por qué tantos miramientos? —deslizó Allen—. Sólo hay que abrir la puerta y tirarlo.

—No, no… Hay que ser considerados, Allen. Por otra parte, si el señor Nash pertenece al FBI, cosa de la que nos enteraremos más pronto o más tarde, es posible que haya otro como él en el avión… Entonces convenceremos al señor Nash para que nos diga quién es ese otro. Camine, señor Nash… ¿Es que no puede?

Podía.

Se dirigió hacia el bar, por el alfombrado pasillo. Cuando entró, lo primero que captó fue la mirada de Otis, que fue de sus ojos a sus manos, y de nuevo a los ojos… Pero los ojos de Sylvester Nash expresaron un claro «no» a las intenciones del menudo y feo pistolero del FBI, el hombre capaz de acertar una moneda de cinco centavos a una distancia de veinte yardas.

Hubo un murmullo de consternación y miedo entre los pasajeros al comprobar el estado del «G-man», pero nadie se movió, excepto Nora May Glavis. Sólo dio un paso y se quedó mirando a Krock amedrentada.

—Adelante, adelante, señorita —autorizó Krock—. ¿Pensaba usted hacer algo por el señor Nash?

Nora May se mordió los labios. Vaciló de nuevo, pero acabó por acercarse a Syl. Lo tomó de un brazo y lo llevó hacia el asiento corrido de un lado del bar, donde habían estado tomando café. Sylvester se sentó, con las manos entre las piernas, dejando que las gotas de sangre cayesen al piso. El resto de los pasajeros estaban mudos de espanto.

Krock dijo:

—Seguiremos volando pacíficamente si ustedes se portan bien. Van a permanecer aquí, en el bar. El camarero les servirá lo que

pidan… por cuenta de la compañía. Sólo quiero advertirles que si es necesario matar a alguien, lo haremos. Sabemos cómo hacerlo y les aseguro que no vamos a desperdiciar una sola bala. Ahora, siéntense donde gusten, charlen, contemplen el mar… Diviértanse lo que puedan.

Su «buen deseo» fue acogido con un silencio sombrío. Todos se daban cuenta de la ironía, pero a nadie se le ocurrió replicar una sola palabra.

Nora May dejó de mirar como hipnotizada las manos de Sylvester. Alzó la cabeza, miró a Krock y tartamudeó:

—Ti-tiene los… las… las manos rotas…

—Sólo unos peligrosos dedos, señorita. El señor Nash es un hombre fuerte, verá cómo nada le sucede por eso.

—Está… es… está san… sangrando…

—Es natural… ¿Le parece que podría hacer algo por remediarlo?

Groushenka se adelantó.

—Yo puedo hacerlo… Trabajé un tiempo de enfermera…

—Oh… El señor Nash es un hombre afortunado, ya que las dos más lindas muchachas del vuelo cuatrocientos uno se desviven por él… De acuerdo, linda: haga lo que quiera. ¿Nadie quiere tomar nada?

Otis regresó a su mesa, se sentó, empuñó el bolígrafo y miró al camarero.

—Un… un *whisky* doble… —pidió—. Muy doble.

Krock miró burlonamente torvo al asustado camarero.

—Bueno: ¿no ha oído al señor? Un *whisky* doble.

—Sí… Sí, señor…

La morena estaba examinando las manos de Sylvester, atentamente. Las tocaba con mucho cuidado, y era evidente que sabía cómo hacerlo… El «G-Man» notó un intenso Escalofrío cuando aquellas blancas y cuidadas manos tocaron las suyas, pero no reaccionó en ningún sentido. Se limitó a mirar la negra cabellera que tenía ante él. Ella alzó de pronto la cabeza y musitó:

—Tiene dos dedos rotos en cada mano, señor Nash… Si… si ellos me dejan, puedo… puedo hacerle una cura provisional ahora mismo. Pero el dolor será muy intenso…

El tipo de la barbita, el que sabía que una cucurbitácea es una simple calabaza, también se acercó y examinó las manos, con mirada más experta y rápida que la morena.

—Podemos pedir el servicio de urgencia del avión —sugirió—. Es posible que incluso tengan anestesia de alguna clase… Bueno, parece que los huesos no están demasiado astillados…

Hizo una seña a una de las azafatas, que se acercó inmediatamente, mientras los pasajeros se iban sentando, silenciosos, asustados por las pistolas que no dejaban de ver en ningún instante.

El de la barbita dijo:

—Sea tan amable de preguntar a esos hombres si puede ir a buscar un botiquín, señorita.

—Sí, señor.

La muchacha fue hacia la puerta del bar, abrió la boca, pero Krock no le dio tiempo a más.

—Ve con ella, Spencer. Que traiga lo que quiera. Y echa un vistazo a la cabina, a ver si todo está en orden.

La azafata y Spencer salieron. Regresaron dos minutos después. La muchacha puso el botiquín a disposición del tipo de la barbita, y Spencer volvió a sentarse, displicente.

—Me llamo Perry Jenks —dijo el de la barbita—, y no quiero engañarlo, señor Nash; no soy médico. Todo lo que puedo hacer es un intento de mejorar sus dedos de modo provisional. Quizá la señorita…

La morena movió negativamente la cabeza.

—Hágalo usted. Yo… yo prefiero no tener que intervenir si no es necesario.

—Lo haré yo.

Sylvester Nash pasó un ratomalísimo. Hubo un momento en que temió desvanecerse, pero resistió, quizá debido al *whisky* que la morena asesina le llevó. Tenía unos hermosos ojos color café… O quizá, vistos más detenidamente, tiraban un poco a violeta, un color extraño… La boca, sí, era más bien alargada, y los labios se llenaban por el centro: el superior se alzaba un poquito, igual que el de Kim Novak.

—¿Quiere más *whisky*? —murmuró.

—No… No, gracias. Ya… ya estoy bien.

—Bueno, es usted fácil de conformar… —musitó Jenks—. Le sugiero, sin embargo, que en cuanto toquemos tierra vaya a que le vea un médico, o esos dedos van a quedarle inútiles para siempre… Incluso sería posible que tuviesen que amputárselos, si la cosa se prolonga demasiado. Siento mucho no poder hacer más.

—Ha sido suficiente, señor Jenks. Gracias.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué le han hecho esto?

—Dicen que soy un agente del FBI.

—¿Y no lo es? —preguntó la morena.

—Claro que no… Esos tipos están locos.

—Locos o no, es evidente que no sienten simpatía por el FBI —dijo Jenks—. Lo cual es tanto como decir que el FBI se alegraría de poderlos atrapar… ¿Qué cree usted que están tramando? ¿Un atraco?

—Cualquiera sabe… En mi vida me encontré en lío semejante.

La morena musitó:

—Usted ha soportado esto muy bien, señor Nash…

—¿Qué quería que hiciese? ¿Echarme a llorar?

—Les diré que usted es arquitecto… —empezó Nora May.

—Ya se lo he dicho yo, pero no han querido creerme… No creo necesario que nos molestemos, Nora May…

—¿Usted no había visto nunca a estos hombres? —preguntó la morena.

—Claro que no… ¿Por qué?

—No sé… Quizá ellos han creído reconocerlo…

No sé…

—Están locos —insistió Sylvester.

Groushenka parecía pensativa, preocupada. Sylvester creía saber al fin cuál era su juego: saber muchas más cosas estando al lado de los pasajeros que entre sus compañeros de espionaje. Ella podía ir de un lado a otro, preguntando cosas… Menos mal que Otis debía estar al corriente de todo, sabría que no debía fiarse de ella.

De buena gana, Sylvester habría pedido a Groushenka que dijese «sí» y «adiós» en ruso, únicas palabras que le había oído pronunciar… Pero esas dos palabras, dichos en un idioma distinto al que estaban utilizando todos, no bastaban para poder identificar una voz. Según el idioma, y a menos que se conozca bien a quien habla, la voz cambia lo suficiente para que resulte irreconocible…

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Nash?

—No, no… Ha sido usted muy amable, señorita…

—Lane… Jessica Lane… ¿Qué cree usted que pasará?

—Lo ignoro por completo.

—Pero ellos…, esos hombres pretenden algo… ¿Qué puede ser si no robarnos?

Perry Jenks soltó un bufido despectivo.

—¿Robarnos? Eso es absurdo, señorita Lane… Si nos roban, van a ser prendidos en cuanto lleguemos a Honolulú… El comandante del avión llamará por radio allá…

—En primer lugar —pronosticó sombríamente Sylvester, procurando no mirar demasiado directamente a Groushenka—, es necesario que lleguemos a Honolulú, señor Jenks. Y en segundo lugar, ningún mensaje en ese sentido va a ser enviado allá, ya que esos hombres están controlando el avión en su totalidad.

—¿Qué quiere decir?

—Hay otro hombre, en la cabina de mando, amenazando al piloto, al copiloto y al mecánico con una pistola. Ellos mandan, no lo dude.

—A lo peor, es verdad que están locos —dijo Nora May.

Sylvester se mordió la lengua. No, no estaban locos, desde luego. Lo que estaban haciendo había sido bien planeado, bien estudiado, proyectado meticulosamente. Sabían muy bien lo que estaban haciendo, y estaba bien claro que no temían las consecuencias a su llegada a Honolulú…

Tonterías. Tonterías, sí, porque aquel avión no iba a llegar jamás a Honolulú.

¿Y entonces…?

Nadie hablaba ahora. El avión se deslizaba suavemente a no menos de cuatrocientas millas por hora. Abajo, el mar centelleante, bajo el claro sol de la mañana. No se veía una sola nube, por el momento…

—Quizá sería conveniente que usted llevase las manos más descansadas, señor Nash…

Syl miró a la falsa Jessica Lane.

—¿Más descansadas?

—Podríamos ponerle un pañuelo al cuello y usted las colocaría ahí… A menos que usted se sienta capaz de usarlas con cierto

resultado…

Syl negó, sin mirar a la morena, so pena de mostrar demasiado claramente su animosidad hacia ella.

—No me siento capaz de nada… —mintió—. Aceptaré cualquier ayuda o sugerencia, señorita Lane.

Una voz de hombre sonó en los altavoces del aparato:

—Krock, ¿qué pasa conmigo? ¿Voy a pasarme todo el tiempo encerrado aquí sólo con estos hombres?

John Krock paladeó el *whisky* que se había hecho servir y miró a Allen.

—Ve a ver si pasa algo. Y dile a Arnold que se calle, que ésa es su parte del trabajo. Que vigile bien a los tres y no se ponga pesado.

Allen salió del bar.

Nora May encendió un cigarrillo y lo colocó en los labios de Sylvester, que lo agradeció con media sonrisa.

Seguía el vuelo 401.

Y el final continuaba siendo imprevisible.

Las nueve y cincuenta y cinco minutos.

CAPÍTULO VII

Hacia las doce se oyó de nuevo la voz de Arnold por los altavoces:

—Krock, ven.

Krock se puso en pie, lentamente, y se dirigió a la salida del bar, haciendo una seña de precaución a Spencer y Allen. Reinaba un silencio absoluto en el interior del avión, pero la salida de Krock pareció descongestionar un poco el ambiente.

Otis preguntó:

—¿Alguien tiene un periódico que tenga crucigrama?

Perry Jenks sonrió, recogió uno de una mesita y fue a sentarse junto a Otis, enfrascándose los dos en hallar la solución.

—¿Quieres que te traiga café, Sylvester? —preguntó Nora May.

—Sí, gracias.

Nora May fue a buscarlo y Jessica Lane, que había permanecido todo el tiempo junto a ellos, comentó:

—Es una persona muy amable su novia, señor Nash.

—No es mi novia, señorita Lane. Ya dije antes que jamás antes de ahora había conocido a Nora May.

—Oh… Ah, sí, es cierto… Bueno, pues razón de más para pensar que ella es una persona amable.

—Usted también ha sido muy amable.

—¿De veras? Es que —sonrió Jessica Lane— siempre he admirado a los agentes del FBI.

—¿Quiere decir que me admira a mí?

—Digamos de un modo… ambiguo, general.

—Algo es algo. La lástima es que está usted desperdiciando su admiración, señorita Lane. Si yo fuese del FBI ya habría metido a esos tipos en un aprieto.

—¿Con las manos inútiles, señor Nash?

—Siempre hay un medio…, supongo.
—¿Qué medio, por ejemplo?
—No sé… Bueno, usted parece dar más crédito a las palabras de esos hombres que a las mías.
Jessica sonrió dulcemente.
—Ocurre que usted me ha… impresionado.
—¿Impresionado? ¿En qué sentido?
—Pues pienso…, pienso que usted parece un hombre fuerte, inteligente, decidido… Y también audaz. Se supone que los agentes del FBI son más o menos así, ¿no…?
Sylvester pensó en Otis y se le ocurrió que sería un buen golpe de efecto lanzar una carcajada al rostro de aquella morena llamada Groushenka, pero que se hacía llamar Jessica Lane. Sin embargo, todo lo que hizo fue encogerse de hombros.
—Usted sabrá, señorita Lane. Por mi parte, le aseguro que no conozco a ningún agente del FBI, que yo sepa.
—Quizá… Estoy pensando que si no lo es usted, y esos hombres están convencidos de que aquí hay uno, es posible que sea otra persona ese agente del FBI, señor Nash.
—Es posible.
—¿Cuál diría usted que puede serlo?
Sylvester sí sonrió ahora. La morena asesina merecía una buena lección y él se la iba a dar. Miró a Otis y susurró:
—¿Ese señor le parece bien?
—¿El de los crucigramas?
—Ese mismo, el de las verrugas.
Jessica Lane se echó a reír.
—Tiene usted un humor muy sólido, señor Nash… Si tuviese que sospechar de alguien, ese hombre sería el último de la lista.
—Bueno, quizá eso sea lo bueno que tiene el tipo de las verrugas como agente del FBI.
—Me está usted tomando el pelo…
—No, no… Oh, mi café… Gracias, Nora May.
La rubia miró casi hoscamente a la morena.
—Espero no molestar —deslizó.
—Estábamos jugando a las adivinanzas… —sonrió Jessica—. Yo le decía al señor Nash que él me parecía el tipo clásico de agente del FBI. Y él decía que estoy equivocada, que muy bien podría ser

ese señor de las verrugas.

Nora May miró a Otis, a Jessica, y por último a Sylvester.

—¿No te tomas el café Es mejor caliente?

—¿Quieres que vuelva a quemarme?

Nora May sonrió y se sentó más cerca de Nash que lo estaba Jessica.

—¿Te duelen las manos? —murmuró.

—Sólo si toco el piano.

Incluso Sylvester se sorprendió del rasgo de humor. Jessica rió quedamente y Nora May quedó mortificada, fija la vista en el suelo.

—Lo siento… —musitó Syl—. Demuestra que me perdonas dándome tú misma el café, Nora May.

Jessica adelantó sus manos hacia la taza.

—Ya se lo…

Pero Nora May fue mucho más rápida en tomar el vasito de papel.

—No se moleste.

Otis y Jenks estaban dale que dale al crucigrama de turno. Los demás conversaban en murmullos. Había pasado el primer susto y, aunque todavía un tanto sobrecogidos, los pasajeros iban acostumbrándose a la situación, que no parecía, después de dos horas, tan mala y terrible como al principio.

John Krock apareció en el bar, sonriendo malignamente; llevaba un papel en la mano. Se acercó a Allen y se lo dio a leer. Luego hizo lo mismo con Spencer. Por último, se acercó adonde estaban Nora May, Sylvester y Jessica, y dijo:

—Se ha recibido un «radio», señor Nash.

—¿Y…?

—Bueno, ya le dije que todo se mantendría en orden a bordo, de modo que nadie, aparte de los que estamos en el avión, sospecha ni remotamente lo que está ocurriendo. Como consecuencia de ello, se cursan los «radios» con toda normalidad.

—¿Y qué?

—El «radio» que hemos recibido es para usted. ¿Puede sostenerlo o prefiere que se lo lea yo?

—Si no pesa demasiado, lo sostendré yo, gracias.

Krock le tendió el papel, siempre sonriendo, y Sylvester comprendió que todo estaba perdido apenas echarle un vistazo.

Pero nadie tenía la culpa de aquello. Cuando ocurre lo inesperado, a nadie puede culparse por los fallos que sigan a la situación que no se presentía.

El «radio» decía:

> «Hemos retirado los cadáveres de las casas de San Bernardino y de Long Beach. La primera estaba a nombre, en alquiler, de una mujer llamada Lucille Hooner. La segunda, también alquilada, a un hombre llamado Orson Elrich. Por el momento y respecto a eso, no hay nada más. El cadáver de la quinta de Long Beach es de un primer teniente de Marina, llamado Charles Price. Pertenecía a los servicios del Estado Mayor. Vamos a ponernos en contacto con la Marina, ya que en el domicilio de Charles Price se han encontrado, escondidos, quinientos mil dólares. Te seguiremos informando».
>
> «Al».

Sylvester acabó la lectura, miró a Krock y le tendió el papel, sostenido entre los vendados dedos.

—Muy agradecido, Krock.

—No faltaba más, señor Nash. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Aquí está: ¿todavía insiste en negar que es un agente del FBI?

—Desde luego.

—Entonces, lo siento por usted. Le aseguro que preferiría que usted colaborase de un modo más… espontáneo. Tiene que entender que después de leer todo eso, yo sé que usted es del FBI. Nada de CIA u otro organismo cualquiera de contraespionaje de su país. FBI, ni más ni menos. Los dos sabemos que si usted sabe algo de la casa de San Bernardino y de Long Beach, y de los cadáveres de Charles Price y Terence Calder, es porque tiene que pertenecer forzosamente al FBI. ¿Es usted de los que les gusta perder el tiempo… y los dientes, señor Nash?

Sylvester suspiró, como desalentado.

—Está bien, Krock… Soy del FBI, es cierto.

—Enhorabuena. Naturalmente, no viaja solo.

—No. Tengo la desgracia de compartir el avión con ustedes.

—No sea gracioso, Nash… Le estoy preguntando por el nombre de su compañero de vuelo. Es raro que ustedes trabajen solos.

—Encontraron sólo a Terry Calder, ¿no es así? ¿Por qué creen que yo tengo menos valor que él?

—Tiene más valor —sonrió Krock—, pero también es más listo, en mi opinión. No es necesario que diga ningún nombre, señor Nash. Simplemente, señáleme a su compañero de vuelo. ¿Cuál de todos esos caballeros es él, Nash?

—Viajo solo.

—No sea terco. Es sólo un movimiento de mano, una mirada… Su compañero no podrá recriminarle por ello, ya que él, en su lugar, haría lo mismo. ¿Cuál es?

—Viajo solo.

Krock alargó velozmente una mano, cogió una de las de Sylvester y la golpeó salvajemente contra la mesa. Luego dio un tirón de la muñeca, derribando al
«G-man»
ante sus pies, uno de los cuales se movió, para clavarse duramente, de punta, en la barbilla del agente especial, que se revolcó de lado, pálido, con la mano de nuevo llena de sangre.

Intentó incorporarse y entonces le tocó el turno a Allen de golpearlo. Lo hizo también con un pie por detrás, justo en los riñones. Sylvester aspiró brusca y entrecortadamente, y quedó petrificado, casi completamente blanco el rostro. Un puntapié en el estómago lo dejó tendido boca arriba, desvanecido.

Krock dirigió una mirada a su alrededor, tranquilamente.

—El señor Nash es, según parece, un hombre de temple, un buen compañero… Pero me temo que lo va a pasar francamente mal si no sale el hombre que trabaja con él en este asunto.

Nadie se movió, nadie parpadeó. Nora May y Jessica miraban con ojos desorbitados a Sylvester, pálido como un cadáver, inmóvil… Pero comprendían que si se movían entonces, sólo iban a empeorar las cosas para él y para ellas mismas.

Krock frunció el ceño.

—Quizá ustedes no han entendido bien, señores. Sabemos que

hay en este avión otro agente del FBI. Y le sugerimos que si él es tan buen compañero del señor Nash como el señor Nash de él, dé un paso hacia nosotros.

Nada.

Nadie dio el paso.

Krock asintió con la cabeza.

—De acuerdo —miró a Allen—. Siéntalo en una silla, Allen. Y ve a buscar un cuchillo… Vamos a darle al señor Nash las mismas muestras de cariño que a Terence Calder. Ayúdale, Spencer.

Cada uno cogió un brazo de Sylvester, tiraron de él y lo dejaron sentado en una silla, en el centro del bar. Spencer fue a por una botella de *whisky*, la destapó y vertió un chorro sobre la cara del «G-man», que se agitó inmediatamente, gimiendo. El *whisky* entró en sus ojos y por su nariz y empezó a toser. Alzó las manos hacia el rostro, volvió a gemir, las bajó…

—Buenos días, señor Nash —dijo acremente Krock—. Su compañero de vuelo es un cochino, de modo que usted va a tener que pagar las consecuencias… ¿No quiere ahorrarse un mal rato?

Sylvester lo miró casi sin poder abrir los ojos, que se veían enrojecidos, llenos de lágrimas.

—Está… perdiendo el tiempo, Krock…

Allen regresó de la curvada barra. No llevaba un cuchillo, pero sí una barra de vidrio para mezclar manualmente los *cocktails*. Krock se la quitó de la mano, la golpeó contra el borde de una mesita y mostró los agudos bordes brillantes al «G-man».

—Nash: esto es peor que un cuchillo. Sepa que lo vamos a matar, no nos engañemos; pero hay muchas clases de muertes… ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez lo doloroso que puede ser quedarse sin ojos, en seco…?

Sylvester tragó saliva.

—Viajo… solo.

—Usted lo ha querido.

Echó hacia atrás la mano que empuñaba la rota varilla de cristal. Y cuando su lanzamiento hacia adelante parecía inevitable, Nora May se lanzó furiosamente contra Krock, chillando como si se hubiese vuelto loca. La varilla de cristal se rompió y Krock, más

sorprendido que vencido o arrollado, pareció a punto de caer llevándose las manos al rostro… En una mejilla, las finas uñas de Nora May habían dejado unos trazos rosáceos, que pronto mostraron la tonalidad roja de la sangre.

Spencer derribó a la muchacha rubia de una violenta bofetada, y Allen, saltando hacia ella, pareció a punto de pisotearla en el busto…

—¡No! Espera, Allen… —jadeó Krock—. Espera. Vamos a hacer las cosas de otro modo… Llevadlos a los dos al compartimiento de la tripulación del aparato. Y no le hagáis daño a la rubia…, por ahora. Creo que ella nos ha simplificado el trabajo.

CAPÍTULO VIII

—Muy bien… —susurró Krock—. Creo que las cosas han cambiado ahora, señor Nash… Opino que están… más fáciles para todos. Ya no es necesario que su compañero sepa que usted lo delata. Tan sólo díganos su nombre…, y lo demás será cuenta nuestra.

Estaban en el saloncito de la tripulación del *jet*. Frente a Sylvester y Nora May, apuntándoles con las pistolas, solamente Allen y Krock. Spencer se había quedado vigilando al resto de los pasajeros y Arnold continuaba dominando la situación en la cabina de vuelo.

—Krock, usted ya sabe ahora… que soy un agente del FBI… ¿Qué es lo que quiere? ¿Convencerse de que un veterano puede tener la lengua más suelta que un novato?

—¿Por qué dice eso?

—Sé que Terence Calder no les dijo nada. De no haber sido por ese «radio», ustedes seguirían creyendo que estaban sin controlar… Pero están controlados.

—¿Y bien?

—Métase esto en la cabeza: yo, Sylvester Nash, veterano del FBI, no voy a tener menos valor que un novato. No les diré nada. A menos…

John Krock frunció el ceño.

—A menos que… ¿qué, Nash? ¿Está proponiéndome un trato? ¿Es eso?

—Pido la oportunidad de dialogar.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que ustedes están tramando. Comprenda que tengo que considerar un absurdo que se apoderen de un avión de una línea aérea privada. Forzosamente, tengo que pensar que la solución

va a ser mucho más fácil para usted que la que significaría llegar en este mismo aparato al aeropuerto de Honolulú.

—Un tipo listo… Eso es usted, Nash. En efecto, este aparato no va a llegar jamás a Honolulú.

—¿Llegarán ustedes, sin embargo?

—Es posible —sonrió irónicamente Krock.

—Le aclaro mi trato: el nombre de mi compañero por la explicación de sus planes, Krock.

—¿Qué ganará con ello?

—Nada. Es la última voluntad del condenado a muerte. Quiero que esté seguro de que ni siquiera despellejando viva a Nora May va a obligarme a decirle algo que yo no quiera. Y se entiende que si no consigue «ablandarme» torturándola a ella, menos va a conseguir torturándome a mí. Se lo aseguro, Krock.

Éste miró atentamente a Sylvester durante unos segundos. Luego, miró a la rubia muchacha. Se acarició la barbilla, continuó pensativo unos cuantos segundos más…

—De acuerdo, Nash. Información por información. ¿Cuál es el nombre de su compañero?

Sylvester quiso emitir una risita burlona, pero sólo consiguió unos cuantos sonidos extraños, agudos.

—Ninguno de los dos somos tontos, Krock. Puedo anticiparle que era usted el hombre que Calder y yo estábamos vigilado. Por medio de usted supimos que había otros tres hombres. De todos ellos, constan microfotos, actualmente, en la Delegación del FBI en Los Ángeles… Eso es todo lo que estoy dispuesto a decir por el momento… ¿Qué puede decirme usted que me anime a continuar?

—Veamos si le gusta esto. Los cuatro hombres que ustedes microfotografiaron somos Allen, Spencer, Arnold y yo. Sabíamos que nuestro grupo de espionaje estaba en peligro, vigilado, por culpa del fallo de uno de nosotros. Por tanto, adquirimos pasajes para el vuelo cuatrocientos uno, a fin de escapar de Estados Unidos y regresar a Rusia vía Siberia. ¿Está ya satisfecho?

—No. Quiero saber qué pinta en todo esto el hombre llamado Charles Price, primer teniente de la Marina, y al que ustedes mataron en la quinta de Long Beach.

—Ese hombre nos facilitó una información respecto a un transporte de tropas a Vietnam. Dicho transporte saldría de la base

norteamericana de Pearl Harbour.

—¿Quién lo mató? ¿Groushenka?

—Pregunta más de lo permitido, Nash.

—¿Quién es Orson Elrich?

—Otra pregunta por encima de mis posibilidades de respuesta.

—Está bien… ¿Qué piensan hacer con los informes que Charles Price les vendió por medio millón de dólares?

—Un pequeño sabotaje.

—¿Sobre el transporte de tropas a Vietnam del Sur?

—Exactamente.

—¿Cuáles serán las consecuencias?

—Pues que dicho transporte quedó averiado… y hasta es posible que se hunda, cuando apenas lleve un día de navegación hacía Vietnam.

—¿Tienen bien preparado el sabotaje?

—Perfectamente preparado.

—¿Tomarán ustedes parte en él?

—No.

—Ese sabotaje… ¿habrá sido posible gracias a la traición de Charles Price?

—En efecto. Dos mil *marines* y su armamento quedarán detenidos en el mar, y posiblemente todo el transporte se hunda.

—Entiendo… ¿Y ustedes? ¿Qué pasará con ustedes?

—Nada. Nuestra misión en Estados Unidos ha terminado, ya que hemos sido localizados e identificados. Entonces, este avión va a posarse en el mar dentro de poco. Allen, Arnold, Spencer y yo seremos recogidos por un submarino y llevados a cierta península de Siberia, desde donde regresaremos a Moscú.

—¿Y el avión?

—Lamentándolo más o menos, seré hundido, señor Nash. Como comprenderá, no podemos dejar que una veintena de pasajeros, entre los cuales hay por lo menos un agente del FBI, lleguen a Honolulú y den explicaciones de todo lo que habrán visto y oído.

—¿Ustedes se proponen asesinar a veinticinco personas?

—Pues… Bueno, es algo que debe hacerse. El fin justifica los medios. Los informes del teniente Charles Price nos costaron medio millón de dólares y hay que obtener fruto de ellos. Pero, además, estamos nosotros cuatro, que seremos recogidos por el submarino.

Comprenda que todos ustedes saben demasiado. Resumiendo, señor Nash: esto ha sido una recogida de agentes que han estado trabajando en el logro de unos informes que llevarán a la destrucción de un transporte de tropas norteamericanas. Estando los cuatro agentes identificados, sólo resta recogerlos…, esfumarlos. Pero, claro, los informes facilitados por Charles Price serán utilizados.

—¿Tienen ustedes esos informes?

—Desde luego.

—Entonces, si los tienen ustedes y se van en ese submarino ruso, ¿cómo van a poder utilizarlos los saboteadores de Pearl Harbour?

—Oh, vamos… No me diga que no ha pensado en eso, señor Nash…

—He pensado. Digamos que el submarino emergerá en cierto lugar cercano a Pearl Harbour, donde estarán esperando algunos saboteadores que recibirán esos informes.

—Exacto. Luego el submarino desaparecerá. Y los saboteadores harán su trabajo.

—De lo cual se deduce que ustedes están haciendo un trabajo redondo: recogida de agentes y sabotaje a la Marina y tropas de Infantería de Marina de los Estados Unidos. Incluyamos en esto el asesinato de un teniente de la Marina… Y, sobre todo, el de un agente del FBI que estaba trabajando en la localización, identificación y, finalmente, en la aprehensión de ustedes cuatro, que, naturalmente, son espías soviéticos.

—Exactamente, señor Nash. Dentro de poco tomaremos… agua. Un submarino vendrá a buscarnos. Cuando estemos a bordo de él, el avión será hundido de un cañonazo. Nosotros cuatro regresaremos a Rusia…, no si a antes habernos llegado a cierto lugar donde pondremos en manos de gente preparada, los informes para el sabotaje que costará la vida a dos mil *marines* y el hundimiento de un importante transporte de tropas al Vietnam. ¿Tiene todavía alguna duda?

—Ninguna.

—Estupendo. Ahora díganos el nombre de ese compañero suyo.

—¿Para qué, si va a morir como todos los ocupantes del avión?

—Eso es cuenta nuestra. ¿Su nombre…?

—¿Esperan conseguir de él alguna información…? ¿Creen que

mi compañero les dirá si sabemos algo concreto del sabotaje, ya que sabemos que Charles Price, antes de ser asesinado, cometió una traición?

—Eso es. Esperamos que su compañero sepa tanto como usted, Nash. Y estamos convencidos de que a él conseguiremos convencerlo para que nos informe respecto a si la Marina de los Estados Unidos está enterada del plan para ese sabotaje contra el transporte de tropas.

—Veo que quieren ir sobre seguro.

—Algunas sorpresas resultan muy desagradables. ¿El nombre de su compañero, señor Nash?

—Lyndon B. Johnson.

—Pues le…

John Krock frunció el ceño y achicó los ojos, que quedaron perversamente expresivos fijos en Sylvester Nash.

—¿Tiene ganas de bromas, Nash?

—Ninguna. Pero no pienso decirle el nombre de mi compañero de vuelo. Un vuelo divertido, Krock… Por cierto: ¿cuál es su verdadero nombre?

John Krock apretó los puños y dio un paso más hacia Sylvester… Pero en aquel momento, los altavoces del avión emitieron una llamada:

—Krock: ven a la cabina de mandos. Estamos llegando al punto convenido.

Krock le hizo una seña a Allen y salió del saloncito con literas, llegando inmediatamente a la cabina de mandos. Arnold señaló la radio del avión.

—Después del cambio de frecuencia, y según los datos de situación, he recibido el mensaje. Dentro de quince minutos estaremos en el punto clave. Nos están esperando.

—Bien. Usted, piloto, arranque ese hilo… ¡Vamos, arránquelo!

El comandante del aparato obedeció y éste quedó completamente incomunicado en medio del Pacífico.

—Ahora siga volando, con el mismo rumbo y bajando. Vamos a amerizar.

El piloto volvió la cabeza. Su expresión era sobresaltada.

—¿Amarar? Oiga, esto es un *jet*… ¡No podremos de ninguna manera…!

—Podremos. Y es usted quien tiene que conseguirlo. Las vidas de veinticinco personas dependen de usted. Vaya bajando, suavemente, y perdiendo velocidad. Dentro de quince minutos tenemos que estar sobre el agua.

—¡Va a ser una catástrofe!

—Ustedes pueden y saben hacerlo. Eso es todo.

La frente del comandante del aparato se había perlado bruscamente de sudor y sus ojos estaban desorbitadamente fijos en los de Krock.

—Mire, señor, lo que usted está pidiendo…

Krock casi le metió la pistola en la boca.

—No pido nada, comandante. Ordeno. Vaya bajando, despacio, y no se olvide de perder velocidad. Mantenga recogido el tren de aterrizaje tomará agua con bastante facilidad. ¿Entendido?

—Si nos matamos todos, yo no habré sido el culpable.

—No nos mataremos. No los pierdas de vista, Arnold. Y si hay que disparar, dispara.

—Está bien.

Krock regresó al saloncito y miró aviesamente a Sylvester y a Nora May.

—Salgan los dos. Van a regresar todos a sus asientos. Allen, ve al bar y que todos salgan de allí. Diles que regresen a sus asientos y que se abrochen los cinturones.

—Y todo eso… ¿para qué?

Krock sonrió siniestramente.

—Pues nunca se sabe lo que puede ocurrir. El aparato ha quedado incomunicado y en estos momentos es posible que ya empiecen a temer por él. Se irá al fondo, muy al fondo… Pero supongamos que no es así, que por cualquier causa, llega a flotar… ¿Qué cosa más convincente para llegar a la conclusión de que todo fue un accidente con intentos de amerizaje que ver a todos los pasajeros en sus sitios y con los cinturones de seguridad abrochados?

Allen no dijo nada más. Soltó una risita, salió del saloncito y se dirigió al bar. Cuando Sylvester y Nora May salieron, amenazados por Krock, los demás pasajeros estaban ocupando ya sus asientos, silenciosos, pálidos la mayoría.

Otis continuaba impasible con su cara de pensar en crucigramas.

Fue uno de los primeros en sentarse, pero como Sylvester tenía su asiento delante de él, no pudo insistir en el estudio de la expresión o proyectos de su compañero del FBI. Nora May se sentó a su lado, sin que Krock pusiese impedimento. Se abrocharon los cinturones.

Sylvester miró con una débil sonrisa a la muchacha.

—Habría sido mejor que te quedases en los estudios de televisión, Nora May.

Ella tragó saliva. Miró a todos lados, como acorralada.

—Sylvester, no… no es cierto que… que piensan matarnos a… a todos…

—Puedes estar segura de que es cierto.

—Pe… pero algo… algo se podría hacer…

—Morir.

—Dios… Dios mío… Los demás pasajeros no… no saben lo… lo que va a ocurrir…

—Mejor para ellos. No sé yo quien se lo diga.

—Si avisásemos a… a tu amigo, quizá él… él pudiese…, hacer algo…

—Nadie puede hacer nada, Nora May.

Se notaba claramente que el avión iba bajando. Por su ventanilla, Sylvester veía el mar más y más cerca. Tenía un azul intenso, y, al mismo tiempo, según cómo, parecía un poco verde, o marrón… Incluso negro. Pero el descenso era lento, prolongando la línea de vuelo en su aproximación al punto donde esperaba el submarino que recogería a cuatro espías que habían estado actuando en los Estados Unidos, y luego hundirían el aparato con un simple cañonazo. Luego, con los informes que aquellos cuatro hombres llevaban, un transporte de tropas americanas sería saboteado y, posiblemente, dos mil hombres perdiesen la vida…

Sylvester Nash se miró las manos vendadas. Le dolían, y de vez en cuando se sentía incluso como mareado, indispuesto. Pero no podía hacer nada. Absolutamente nada. Cualquier intento suyo sería rápidamente cortado, reprimido por un balazo en la cabeza, que pondría punto final a una prometedora carrera en el FBI, a unos deseos profundos de vengar la brutal muerte de Terence Calder…

John Krock se inclinó burlonamente sobre Sylvester.

—Ya se señor Nash: no ha sido necesario que nos diga quién es su compañero. Sea el que sea, está desarmado. Y dentro de unos

minutos todos irán al fondo del mar porque…

El estampido del disparo restalló potentemente en el avión, sobresaltando a todos. La frente de John Krock saltó hecha pedazos, que mancharon de rojo y gris-amarillo el pecho y rostro de Sylvester Nash. El cadáver de Krock cayó sobre el
«G-man»,
que se apresuró a quitárselo de encima utilizando los codos, y se puso en pie, volviéndose hacia la popa del avión.

Allen, que estaba en el centro del pasillo, pistola en mano, parecía completamente desconcertado, como aturdido. Cuando se dio cuenta de que quien había disparado era el hombrecillo feo de las verrugas, la bala estaba perforando su garganta.

Salto hacia atrás, emitiendo un chillido que quedó cortado instantáneamente. Cayó sobre el matrimonio de edad mediana, y la mujer empezó a gritar como si se hubiese vuelto loca, viendo en su regazo, cara al techo, del aparato, el rostro del espía, abiertos los ojos, crispados los labios…

Spencer completamente a popa, ante la puerta del bar, disparó contra Otis, precipitadamente. Pero no lo hizo mal. El pequeño y feo agente del FBI recibió el balazo en un hombro, giró sobre sí mismo y dio de bruces contra el respaldo del asiento de delante. Inmediatamente deslizóse hacia el suelo, lanzando un gemido prolongado, que pareció unirse al zumbido de los motores a reacción.

El espía lanzó un grito de triunfo y empezó a caminar pasillo adelante.

No dio tres pasos.

El rostro de Otis asomó por el asiento. Y por delante del rostro, su pistola.

Spencer la vio, lanzó otro grito, ahora de sobresalto, y quiso frenar su marcha, girando sus ojos en busca de un escondrijo, de un lugar donde pudiese proteger su cuerpo…

Otis, el feo
«G-man»,
volvió a disparar. Si una moneda de cinco centavos era fácil blanco para él a veinte yardas, la cabeza de Spencer, a menos de ocho, y grande como un balón, fue como disparar contra un hipopótamo a tres pies.

Blanco.

Igual que había ocurrido con Krock, la frente de Spencer reventó espantosamente. El duro impacto empujó al espía hacia atrás y dio un par de vueltas sobre sí mismo por el pasillo, ya muerto, manchando de rojo el mullido suelo alfombrado…

—¿Qué está pasando…?

Arnold apareció corriendo, procedente de la cabina, pistola en ristre. Lo que menos esperaba era encontrarse con un manco que se atreviese a enfrentársele estando desarmado. Tras el instante de sorpresa, de incertidumbre, quiso reaccionar…

Pero para entonces, Sylvester le había golpeado ya con un pie en el bajo vientre. Fue un golpe tan espantoso que, realmente, casi mató a Arnold. Quedó encogido sobre sí mismo, doblado hacia delante. La pistola escapó de sus dedos, rebotó sobre la alfombra…

Cayó de bruces, y su mano derecha, torpemente, intentó asir el arma. El pie derecho de Sylvester cayó sobre su mano, aplastándola furiosamente, despellejándola. Acto seguido, alejó la pistola de allí. Y cuando Arnold, chillando, intentó de nuevo alcanzarla, recibió un punterazo en la boca que le partió los labios y algunos dientes.

Quedó cara al suelo, intentando levantarse apoyando ambas manos en el suelo. Pero mientras Sylvester corría hacia la cabina de mando, Otis llegaba junto a Arnold, y le colocaba la pistola en la nuca.

—Quieto, querido… Mira, te diré una palabra de seis letras que significa fallecimiento: muerte.

Nash apareció a trompicones en la cabina de mando cuando la distancia entre el avión y el mar era apenas de un centenar de pies.

—¡Arriba! —gritó—. ¡Arriba, suban…! ¡Vamos para arriba!

El comandante del aparato no necesitaba tanto grito. Estaba palidísimo, sudoroso, y apenas oír la primera orden de Sylvester tiró tan bruscamente del volante que pareció que el aparato fuese al colocarse vertical.

Adentro, los pasajeros quedaron momentáneamente pegados a sus asientos, excepto Otis y Arnold, que rodaron por el pasillo, inesperadamente lanzados.

El que estaba en peor estado era Otis, con la bala que pesaba en su hombro como si en vez de una onza fuese una tonelada. Arnold quiso aprovechar la ocasión, pero no contaba con Nash, que llegó

junto a él y le pisó la cabeza ferozmente, machacándola contra el piso, mientras miraba hacia la morena asesina, que salía de su asiento empuñando una pistola.

—¡Otis, la chica…! —gritó—. Ella tiene una pistola… ¡No la mates!

Otis estaba ya en pie junto a Jessica Lane, que estaba apuntando hacia donde estaban Sylvester y Arnold. Se enfrentó a Otis, sobresaltada, como sorprendida…, y recibió el golpe de la pistola en la frente. Cayó sentada, girando sus hermosos ojos color café, o violeta…, según se mirasen. Parecía tener todavía vitalidad suficiente para resistir otro golpe, y Otis quiso convencerla de que no era así. La golpeó de nuevo, y esta vez la morena quedó desvanecida en el asiento…

Sylvester estaba inclinado, intentando recoger la pistola de Krock, pero sus dedos no le obedecían.

Parecía a punto de echarse a llorar de rabia. Otis miraba vivamente a su alrededor, lista su infalible pistola, pero estaba claro que ya no tendría que volver a utilizarla, por el momento.

—Que nadie se mueva —dijo, con voz tranquila, amable—. Todo ha terminado ya, señores: sigue normalmente el vuelo 401. Por favor, a menos que quieran ponerme nervioso, permanezcan en sus asientos.

El aparato subía, subía, subía… El cielo parecía más azul que nunca…

Otis llegó junto a Nash.

—¿Por qué no te calmas, Syl? El asunto está liquidado.

Sylvester mostró sus manos, que temblaban.

—Otis, me han dejado inútil… ¡No podré ya trabajar, no podré seguir peleando…!

—No seas cenizo. Sólo tienes rotos cuatro dedos, o sea que te quedan seis. Además, en cuanto lleguemos a Honolulú te llevaré a la Delegación, y en un periquete te dejarán bien arreglados los dedos. Cierra la boca… O mejor: ¿quieres un cigarrillo?

CAPÍTULO IX

La voz del comandante del *jet* anunció que en diez minutos el avión aterrizaría en el Honolulú International Airport, y se oyeron varios suspiros entre los pasajeros.

Jessica Lane permanecía en su asiento, sólidamente amarrada, y con una tira de esparadrapo muy ancha sellando sus bonitos labios. Sus ojos giraban de un lado a otro, y era evidente que quería hacer oír su voz.

Pero ni Sylvester ni Otis estaban allí, y ninguno de los pasajeros restantes tenía la menor intención de soltarla o de quitarle la efectiva mordaza.

Los cadáveres de Spencer, Krock y Allen, habían sido colocados en el bar que permanecía cerrado. El barman estaba sentado en el último par de asientos, todavía aturdido, quizá pensando que la vida no es cosa tan fácil como a veces uno puede pensar.

Arnold permanecía en uno de los asientos delanteros, también atado y amordazado. Tenía la cabeza caída sobre el pecho, y no parecía ni poco ni mucho preocupado por la cuestión de respirar.

Nora May, prietos los labios, pálida, fija la mirada, permanecía completamente inmóvil, como alucinada.

Los demás pasajeros ni siquiera tenían humor para mirar hacia el mar, hacia abajo y delante, en busca de las islas paradisíacas de Hawaii.

Los dos «G-men», hacia la popa del aparato, habían desistido ya de encontrar los informes que los espías soviéticos habían recibido de manos del primer teniente de la Marina Charles Price.

—Espero que no me guardes rencor, Syl.

—¿Rencor? ¿Por qué motivo, Otis?

—Bueno, te dieron unos cuantos golpes por mi culpa. Tú no me delataste, y yo fui tan cochino de permanecer callado.

—Oye: ¿eres idiota o qué? Por todos los demonios, yo mismo te habría pateado las tripas si llegas a salir de entre los demás pasajeros. Eras mi última esperanza. Y sabía que tenías la pistola en algún sitio a tu alcance.

—No tanto… Llegué a pensar que jamás nos dejarían volver a los asientos, y eso me tenía preocupado. La coloqué bajo la almohadilla apenas entrar en el avión… La morena llamada Groushenka debió hacer lo mismo…

—Lo interesante es saber dónde están esos informes del traidor Charles Price.

—Lo sabremos… —sonrió secamente Otis—. Ha sido muy interesante esa revisión de los equipajes de todos, Syl…

—Muy interesante, es cierto —sonrió también Nash—. Bueno, creo que vamos a aterrizar en seguida. Echaré un vistazo a Groushenka y al tal Arnold.

Groushenka estaba bien. Miró a Sylvester con los ojos muy abiertos, desesperada la expresión, pero el «G-man» se limitó a darle un cachetito y a dirigirse donde estaba Arnold.

Tenía la cabeza caída sobre el pecho y se había ladeado en el asiento. Sus facciones estaban un tanto rígidas, muy pálido el rostro. Con los dedos útiles de su mano derecha, Sylvester lo cogió por los cabellos y le alzó la cabeza, que cedió pesadamente. Luego, le puso los mismos dedos en la carótida, y comprobó que estaba muerto.

Muerto.

No había para tanto. Los golpes que había recibido no podían matar a un hombre de su envergadura física. Pero Arnold estaba muerto, y eso no admitía discusión.

Sylvester soltó los cabellos tras una última mirada a las rígidas facciones, y se enderezó como si tal cosa.

—Señores pasajeros —dijo—: dentro de tres minutos aterrizaremos en Honolulú. Todo ha terminado bien, y les rogamos que se comporten con tranquilidad. No serán molestados. Abandonen el aparato con orden, y efectúen los trámites ordinarios

de llegada… Feliz estancia en las Hawaii.

Luego se sentó junto a Nora May, que continuaba en el asiento contiguo al que había ocupado Sylvester al principio del vuelo.

—¿Estás bien?

—Sí… Sí, Sylvester…

—No te preocupes por nada. Esto queda al margen de los pasajeros que vienen a Honolulú a divertirse… ¿En qué hotel te alojarás?

—No… no lo sé…

—Bien. Sea el que sea, lo mejor para ponerte en contacto conmigo será que me llames a la Delegación del FBI cuando estés aposentada. Si no me encuentras, deja el recado…, tu dirección. ¿De acuerdo?

—Sí, Sylvester… Oh, ha sido un viaje… un viaje… horrible.

—Más de lo que crees. Tenemos otro muerto a bordo.

—¿O… tro… otro… muerto…? Pero…

—El tipo llamado Arnold. Está muerto. Posiblemente ha sufrido un colapso. Lástima, porque él era nuestra última pista. Ya ves: respecto a aquello del transporte de tropas a Vietnam…

—¿Cómo…? ¿Qué pasará con eso, Sylvester?

—Nada. Los documentos deben estar escondidos en el avión, de modo que un buen equipo de rastreo los encontrará. No te preocupes: nadie va a estropearte tus vacaciones en Honolulú.

—Creo… creo que alguien sí va a estropearlas, Sylvester.

—¿Sí? ¿Quién?

—Tú. Yo… yo creí que eras un arquitecto y que…

—Bueno… Tengo rotos cuatro dedos, de modo que no creo poder ser muy útil al FBI durante algunos días… Con un poco de suerte, podré quedarme en las Hawaii, y… Quiero decir que si tú no tienes inconveniente, pues… Bueno…

—Habría vuelto a Los Ángeles si tú no me hubieses dicho eso, Sylvester.

—Pues te lo he dicho.

Nora May se acercó más al «G-man», mirando un tanto turbada hacia atrás, hacia el resto de los pasajeros. Debió opinar que nadie la vería, porque sus labios se juntaron cálidamente a los de Nash, y sus manos acariciaron con

suavidad la nuca del hombre del FBI.

Cuando el beso finalizó, Sylvester Nash suspiró profundamente.

—No olvides… no olvides… Demonios, ¡no olvides llamarme a la Delegación!

—No lo olvidaré, Sylvester. Y cuando…

La voz de Otis los sobresaltó a los dos:

—Tú, galápago, deja eso para otra ocasión: estamos llegando. Y puesto que la radio se arregló, nos estarán esperando unos compañeros, y tendremos que dar explicaciones, y registrar el avión, y…

—Está bien, está bien… Siéntate por ahí tú también y abróchate el cinturón.

Apareció el luminoso de «No Smoking».

Era «casi» el final del vuelo 401.

Y, ciertamente, todo resultaba aún… imprevisible.

CAPÍTULO X

Hacia las once de la noche, el coche se detuvo delante del pequeño *bungalow*, y los dos hombres se apearon de él. Los dos tenían unos muy peculiares rasgos faciales, de ojos un tanto oblicuos, oscuros… Como la tez. Eran más bien menudos, delgados…

El tipo de la barbita, que estaba mirando por un lado de una de las ventanas, se volvió y dijo:

—Ahí los tenemos, Groushenka.

—Bastante puntuales. ¿Les abres tú?

—Bueno.

Alexei Kovarian, alias Orson Elrich, alias Perry Jenks, movió su barbita, al sonreír con gesto de triunfo. Todo estaba terminado bastante bien. Había costado la vida de cuatro hombres, pero, a fin de cuentas, ya estaban localizados, fotografiados, rastreados… era una lástima que no hubiesen podido regresar en el submarino, pero, ya se sabe, alguien tiene que morir.

Abrió la puerta, y los dos orientales entraron silenciosamente. Uno de ellos miró a su alrededor desconfiado, tenso. El otro, se quedó mirando al de la barbita y a Groushenka.

—¿Tienen los informes?

—Los tenemos. ¿Tienen el millón de dólares?

—También. Sin embargo, antes quisiéramos hablar de lo sucedido en ese vuelo 401.

—No creo que tenga importancia… Hubo un trato entre nuestros respectivos servicios secretos: un millón de dólares por la información respecto al próximo transporte de tropas americanas a Vietnam… Nosotros pagamos ese millón de dólares a un americano, les tenemos a punto los informes, y ustedes han de pagarnos, eso es todo.

—Señor…

—Llámeme Jenks.

—Señor Jenks: el ofrecimiento de la NKVD fue bueno. Por supuesto, comprendemos que ustedes, los rusos, no quieran mezclarse de modo… ostensible en esta lucha con los americanos. Pero ya que, por cualquier medio, van… socavando el potencial militar de Estados Unidos, nosotros no tenemos otra alternativa que aprovechar la ocasión. No sabemos si realmente ustedes han pagado un millón de dólares por esa información…

—¿Qué está insinuando?

—No se moleste conmigo. Estoy tratando de decirle que no nos importa que usted y ella obtengan un beneficio… particular en este asunto. Quizá hayan pagado el millón, quizá no. Nos tiene sin cuidado, mientras los informes sean buenos.

—Lo son. Ustedes, de acuerdo a lo convenido, van a poder sabotear por sus propios medios, con los hombres que tienen en Pearl Harbour, un transporte de tropas americanas con un efectivo de dos mil hombres.

—Tenemos a esos hombres preparados, señor… Jenks, por eso no debe preocuparse usted. Pero, por favor, explíquenos qué ocurrió en ese vuelo 401.

—Hubo mala suerte. Mataron a cuatro de nosotros… Es decir, a tres. Al cuarto, tuve que matarlo yo, para que no se dejase… convencer y dijese quién era yo y ella… —señaló a Groushenka—. Ella hubiese impedido que en estos momentos ustedes pudieran disponer de los informes.

—Entiendo que usted mató a uno de sus hombres, señor Jenks.

—En efecto. No tuve más remedio.

—¿Cómo lo hizo?

—Le disparé Un pequeñísimo dardo envenenado a la nuca. Vea este bolígrafo… En realidad, es una cerbatana, que contiene siempre un par de flechitas envenenadas. Le disparé a la nuca, y el pobre Arnold murió en silencio, discretamente.

—¿Los del FBI no sospechaban de usted?

—¡Claro que no! Incluso ayudé a uno de ellos a curar su mano, y fui muy afable con el otro, colaborando con él en la resolución de unos crucigramas.

El vietnamita miró astutamente a Groushenka. Su espléndida

figura, sus negros cabellos, sus hermosos ojos…

—¿Y de ella?

—¡Tampoco! —rió Groushenka—. Llegamos al final del vuelo, aparecieron unos agentes del FBI de la Delegación de Honolulú, se llevaron los muertos… y eso fue todo.

—¿No pudieron encontrar los documentos?

—¿Aquí? —dijo Groushenka.

Se subió las faldas, mostrando sus espléndidas piernas, sin recato alguno, tranquilamente. Del interior de la prenda íntima, desprendió un pequeñísimo negativo de microfilme, que mostró entre sus blancos deditos, sonriendo burlonamente.

—Es un buen escondite. Y esperamos que sea un magnífico informe respecto al próximo envío de fuerzas norteamericanas a Vietnam. Bien… Les daremos el millón de dólares. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Regresarán a Rusia?

—Desde luego. El mismo submarino que tenía que recoger a nuestros cuatro compañeros aparecerá por aquí dentro de… algunos días. Es lo convenido, ya que después de haber pasado todos nosotros al submarino, nos habrían dejado en una playa cercana a Honolulú, para pasar luego a recogernos. Hemos llegado en el vuelo 401, lo cual nos da el mismo resultado… ¿Cómo sabe que el FBI…?

—La gente del vuelo 401 habla… Se dicen muchas cosas en Honolulú, señor Jenks. Ha habido mucho revuelo. Pero eso no nos importa a nosotros. Tenga el millón de dólares, y denos ese negativo… Suponemos que habrá tiempo para revelarlo y planearlo todo concienzudamente antes de que salga ese transporte hacia Vietnam.

—Desde luego. Le aseguro…

Una voz que nadie supo de dónde llegaba dejó paralizados de asombro y espanto a los cuatro personajes allí reunidos.

—No asegure nada, señor Jenks —dijo la voz conocida—: nosotros sí que podemos hacerlo, en cambio. Y aseguramos que ese microfilme no va a llegar más allá de estas cuatro paredes.

Los vietnamitas giraron sus oblicuos ojos hacia Kovarian y Groushenka.

—¿Qué significa esto? —musitó uno de ellos.

Fue la voz quien contestó:

—Significa que están ustedes cercados. Al final del vuelo 401 me di cuenta de que Arnold había recibido una flecha envenenada en la nuca y, además, por si eso les dice algo, mi compañero y yo registramos los equipajes de todos. Y aunque alguien creyese seguro el doble fondo de su maleta, podemos decirle ahora que estaba en un error.

Los cuatro ocupantes del *bungalow* miraban a todos lados, inquietos, pero no conseguían encontrar el diminuto altavoz.

—¿Quién es? Preguntó Kovarian. —¿Quién está hablando?

—¿No recuerda mi voz, señor Jenks? Me llamo Sylvester Nash, y no soy tan tonto como le parecía… Me bastó descender del avión, encargar inmediatamente a uno de mis compañeros de Honolulú que siguiese a Groushenka, y… Bueno, aquí me tiene.

—¿Dónde está usted, Nash?

—Fuera del *bungalow*, naturalmente.

—¿Y el micrófono?

—Dentro de la cabaña —se oyó la risa de Sylvester Nash—. Fue bastante fácil colocar la instalación a pilas mientras usted y la bella Groushenka se consideraban muy listos y a salvo. Ah, una noticia: todavía no he tenido tiempo de arreglar definitivamente mis dedos, señor Jenks, pero lo haré pronto. Tengan la bondad de tirar sus armas fuera del *bungalow*. Luego, salgan de uno en uno, con las manos en alto… No encima de la cabeza, ni detrás, sino bien altas y visibles… La última en salir será Groushenka…, con ese pequeño negativo en una de sus blancas manos… ¿Alguna objeción? Oh… Por supuesto, están completamente cercados. Sólo se trata de que decidan vivir unos días o unos años más o prefieran morir ahora. Tienen medio minuto para decidirse: cambio y corto.

Se oyó un suave «clic», y el *bungalow* quedó en silencio. El primero en moverse fue uno de los vietnamitas. Y lo hizo para sacar su pistola, que apuntó a Kovarian, mientras su compañero le imitaba, apuntando a Groushenka.

—Suponemos que ustedes se dan cuenta de lo que esto significa, señor… Jenks.

Alexei Kovarian estaba muy pálido.

—Esperen… No hagan tonterías… Ese hombre… ese hombre está mintiendo…

—¿Tan ingenuo es usted, señor Jenks?

—No, no… Escuchen… Somos cuatro…

—No sea estúpido… Ese hombre no habría dado a conocer su presencia si no estuviese seguro de que tiene el triunfo en sus manos.

Groushenka también estaba muy pálida, como hipnotizada por la pistola que le apuntaba. La barbita de Kovarian temblaba violentamente.

—Esperen… No vamos a matarnos entre nosotros.

—¿Por qué no? —sonrió el vietnamita—. Evidentemente, no vamos a dejarnos coger vivos, señor… Jenks. Pero, ya que vamos a morir, creo que mi compañero y yo nos vamos a conceder un pequeño… placer. No debimos aceptar nunca la relación con la NKVD, ahora lo comprendemos. En fin…

Disparó.

Alexei Kovarian dio un salto hacia atrás, con un agujerito en la frente; cayó encima del sofá, pasó por el respaldo, volcándolo, y al quedar inmóvil, muerto, estaba oculto bajo el mueble…

Groushenka lanzó un grito de rabia, de miedo a la vez, y quiso correr hacia donde tenía su pistola.

La bala del otro vietnamita fue muchísimo más rápida. La alcanzó justo en la punta de la barbilla, destrozándola, y la hizo girar varias veces, vertiginosamente, hasta chocar contra la pared del fondo. El rebote la lanzó al suelo, pero rebotó, y pareció que fuese a ponerse en pie, horriblemente desfigurada.

El vietnamita había dado ya algunos pasos hacia ella, y volvió a disparar, dos veces más, ahora contra el vientre de Groushenka, que se encogió en el suelo y quedó inmóvil, cara al techo, desparramados sus negros cabellos…

Una de las ventanas reventó de pronto, y el vietnamita que había disparado contra Groushenka emitió un grito, dio un saltito extraño hacia atrás, y cayó de cabeza, llevándose una bala en el corazón.

El otro se volvió hacia aquella ventana, y disparó. Pero ya no había nadie allí… En cambio, sí había alguien en la puerta, que pareció reventar hacia dentro…

Cuando el vietnamita se volvió hacia allí, un hombre de ojos claros y cabellos rubios había enviado ya su bala mortal, hacia el corazón.

Y detrás del hombre rubio apareció Sylvester Nash, con las manos vendadas, pero firme el paso, sólida la barbilla, dura la mirada…

—Están listos ya, Nash.

—Buen trabajo, Compton… Veo que los de Honolulú también sabéis disparar…

El agente sonrió levemente. Entraron cinco más, que se desperdigaron inmediatamente por el *bungalow*, pistola en mano.

Sylvester se dirigió adonde yacía Groushenka. Se arrodilló junto a ella, y vio fijos en los suyos los hermosos ojos. Sylvester miró las dos heridas que la espía tenía en el vientre.

—Como se mata, se muere, Groushenka… ¿Me estás oyendo?

Hubo un levísimo parpadeo en los ojos de Groushenka. Y una extraña expresión de asombro, de estupor. Estaba horrible, con la barbilla destrozada, dos balas en el vientre… Su agonía no debía ser mejor que la de Terence Calder.

—Quizá te estás preguntando cómo lo supe, Groushenka… Te lo he dicho ya antes, por el altavoz: mi compañero Otis y yo registramos los equipajes. Y en el tuyo, en el doble fondo, encontramos la peluca… Adelantó la mano derecha, y con los dedos meñique, anular y corazón, arrancó los negros cabellos de Groushenka. Tiró la peluca a un lado, y se quedó contemplando los rubios cabellos de Nora May Glavis. —*Dosvidaña*— dijo, secamente.

Y no se alteró cuando la vio morir.

ESTE ES EL FINAL

El médico miró sonriente a Sylvester.

—Unas cortas vacaciones arreglarán esto, señor Nash, Le aseguro que no debe temer por sus dedos.

—¿Podré tocar el piano?

—Desde luego.

—Magnífico —empleó Syl el viejísimo chiste—, porque antes no sabía tocarlo.

Otis, sentado en la cama, vendado el hombro, soltó una risita. Una enfermera entró en el cuarto y se acercó a Sylvester.

—Quieren verlo, señor Nash. Una mujer.

—Oh… Que pase, desde luego…

—Creo que tengo más cosas que hacer —sonrió el médico.

Al salir, acompañado de la enfermera, se cruzó con la morena de ojos color café, o quizá color violeta. Ella se plantó delante de Nash y se lo quedó mirando hoscamente.

—¿Y bien, señor Nash? —refunfuñó.

—Bueno… Oh, usted ya conoce a Otis, ¿verdad?

—Le estoy pidiendo una explicación mejor que la que me han dado sus compañeros de esta Delegación del entrometido FBI.

—Bueno, señorita Lane, no se lo tome así… Vea lo que ocurrió: yo vi a una mujer de cabellos negros en varias ocasiones, en Los Ángeles…

—¿Y no se le ocurrió pensar que si no disparé contra usted en la quinta de Long Beach era porque tenía mis buenos motivos?

—Pues… ¿Qué motivos?

—Creí que usted era uno de ellos, y decidí dejarlo para que

tomase ese vuelo 401. No quería truncar ninguna clase de pista.

—Mire, señorita Lane…, yo no podía saber tantas cosas… No podía saber que Nora May Glavis había escapado por detrás, no podía saber que usted estaba por allí espiando a Charles Price, no tenía la menor idea de que el servicio de cotilleo de la Marina…

—¡Está usted hablando del G-2, señor Nash…!, del servicio de inteligencia de la Marina de su país, de su patria…

—Señorita Lane, cálmese… Ya le digo que no podía saber que el G-2 de la Marina la tenía puesta a usted tras los pasos de un traidor llamado Charles Price, que estaba vendiendo informes sobre el futuro movimiento de nuestras tropas hacia Vietnam…

—¡Pues para ser del FBI sabía usted muy pocas cosas, señor Nash!

—Pues… Demonios, nosotros teníamos una presa y usted otra… Han caído las presas de ambos, ¿no? ¿Por qué demonios está tan molesta conmigo? Al fin y al cabo, usted, que es del «famoso» G-2, tampoco supo ver en mí a un agente del FBI, y aprovechaba cualquier momento para intentar sonsacarme.

—¡Y cuando me convenzo de que usted es del FBI, e intento ayudarle, ese… ese… ese tipo con verrugas me golpea, me amordaza…! ¡Y luego, a pesar de saber ya que no era esa Groushenka, usted me lleva como prisionera a la Delegación del FBI y me encierra…!

—Por todos los diablos… Le he entregado a usted una reproducción de los informes que Charles Price robó, le he asegurado que dos mil *marines* no van a morir, que un transporte completo no va a ser saboteado, le he dado explicaciones… ¿Qué más diablos con tridente quiere usted?

—¡Duro con ella, Syl! —rió Otis.

Jessica Lane enrojeció. Tomó aire, abrió la boca; soltó el aire, cerró la boca; enrojeció…

—Váyanse los dos al… al demonio… ¡Eso es!

Se dirigió hacia la puerta, la abrió bruscamente, y se volvió. Se quedó mirando a Sylvester Nash, y pareció ir deshinchándose poco

a poco, poco a poco…

—Señor Nash…, ¿cuándo regresa usted a Los Ángeles?

—Pues me temo que tendré que dejar unos días aquí a Otis, y regresar inmediatamente.

—¿Regresa en avión?

—Desde luego.

—¿En qué vuelo?

—Creo que es el 277.

—Bien… Bueno, creo que tomaré pasaje para ese vuelo —enrojeció brusca, inesperadamente—. Y yo… yo no tengo nada contra los agentes del FBI.

—Se me está ocurriendo una cosa, señorita Lane: Si hacemos el vuelo juntos y me decido a pedirle su número de teléfono, en Los Ángeles, deberé quedarme en esa ciudad si no… ¿qué adelantaría con saberlo? No podría telefonearle.

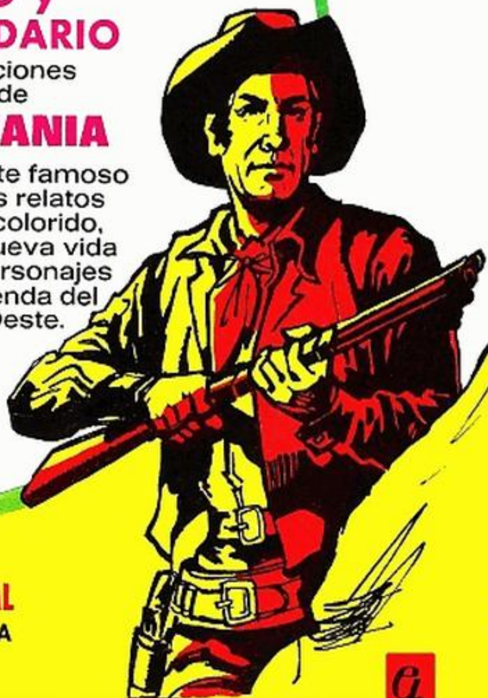
—¡Es cierto! ¡Oh, cuánto sabe!

—¡Claro! Además, es posible que la avería sufrida por mis zarpitas me proporcione un destino más estable. Por ejemplo, el de limpiarle los mocos a los novatos… Es un decir. Terminaré aburguesándome y empezaré a pensar en la amantísima esposa que me tendrá preparadas pipa y zapatillas al finalizar cada jornada… ¡Voy a proponerle un trato!

Jessica Lane sonrió luminosamente, achicando de modo delicioso sus ojos color café o quizá color violeta…

—¡Trato hecho…, señor Nash!

FIN





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] Dosvidaña: adiós, en ruso. <<

[2] USMC, United States Marine Corps. <<